

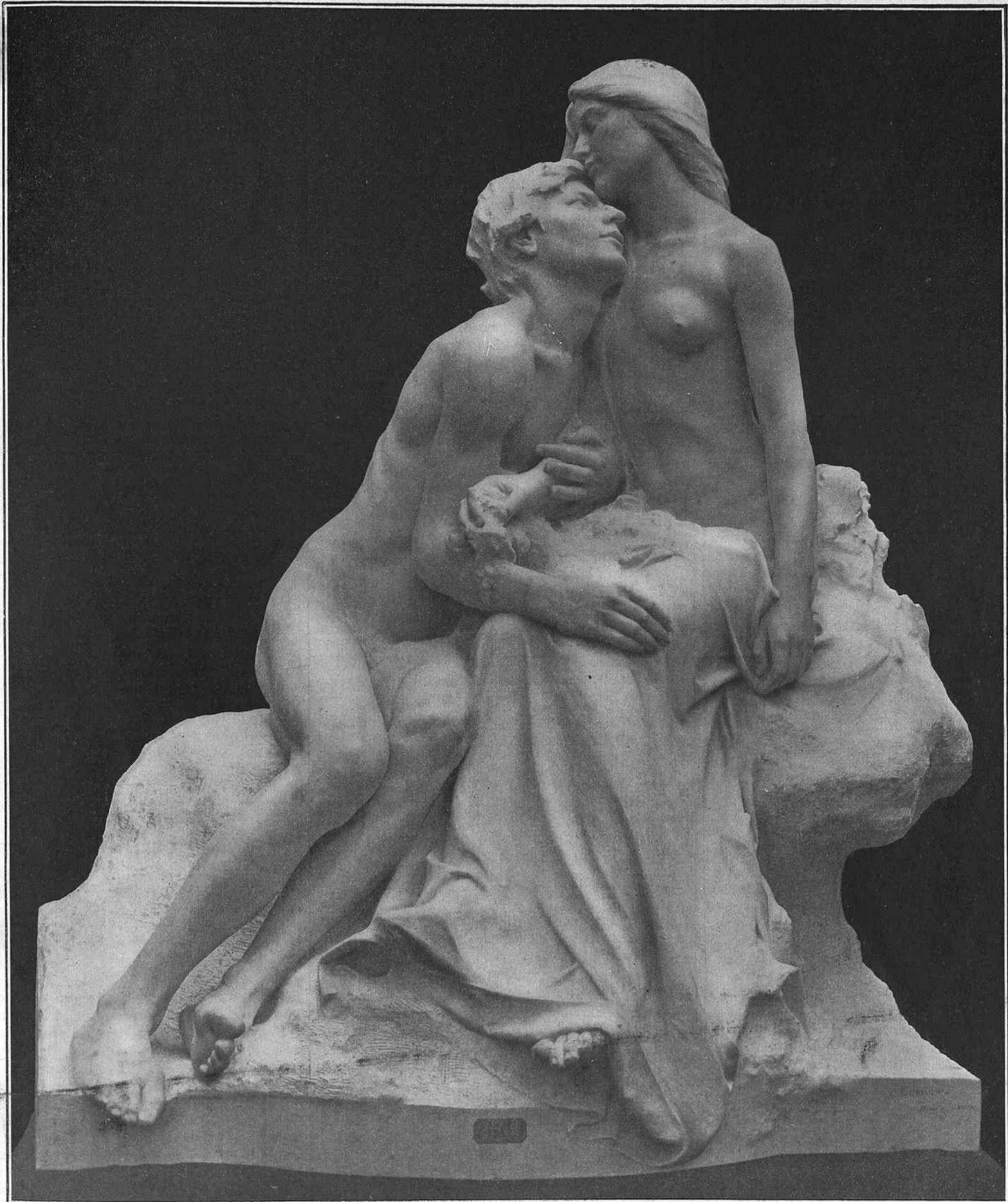
La Ilustración Artística



AÑO XXVI

← BARCELONA 15 DE JULIO DE 1907 →

NÚM. 1.333



ECLOSIÓN, notable grupo escultórico de Miguel Blay
(V Exposición Internacional de Arte. Barcelona. 1907.)

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Los maestros del arte español. El escultor Miguel Blay*, por Manuel Carretero. — *Los descubrimientos de Pestum. Maravillosos resultados de las excavaciones comenzadas*, por Carlos Abeniacar. — *La Real Fábrica de Sajonia, en Meissen*. — *Problema de ajedrez*. — *El marido de Aurette*, segunda parte de «Aurette», novela ilustrada (continuación). — *Los criaderos artificiales de ranas*, por Laura B. Starr. — *Empleo del grafito como lubricante*. — *Mezclas explosivas de éter y aire*. — *Un camino giratorio*, por W. A. Muntstephen. — *Regatas organizadas por el Real Club de Barcelona*.

Grabados.— *Eclósión*, grupo escultórico de Miguel Blay. — *Lápida conmemorativa de la reconstrucción de la Casa Ayuntamiento de Palamós*, obra de Miguel Blay. — *Retrato de Miguel Blay*. — *Apunte*, dibujo. — *Mujer y flores*, busto en mármol. — *Tras la ilusión*. — *Retrato de la señora vizcondesa de J.* — *El grillette*. — *Fragmento del monumento al Dr. Rubio*, obras de Miguel Blay. — *Los descubrimientos de Pestum*. — *Vista de los templos de Neptuno y de Ceres*. — *Antigua puerta de Pestum*. — *Vistas del templo de Neptuno*. — *Vistas de la Basílica*. — *Los asesinos del Dr. Maucham á su llegada á Tanager*. — *La gallina ciega*, grupo de porcelana de Sajonia. — *Los criaderos artificiales de ranas. Uno de los estanques del criadero*. — *Pescando ranas á estacazos*. — *Pescando ranas con red*. — *Tres carros subiendo á la vez por el camino eléctrico*. — *Barcelona. Regatas organizadas por el Real Club*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se impone tratar de refrescos, de esos refrescos de España que Teófilo Gautier declaró deliciosos entre todos los del mundo.

No son muchos los refinamientos sensitivos con que España habrá contribuido á la civilización universal, y aun esto de los refrescos no puede considerarse contribución, puesto que no han pasado el Pirineo nuestras bebidas refrigerantes, y en cambio España está inundada (aquí sí que encaja bien el verbo) de bebidas extranjeras. Pero en esto de la refrigeración de la sangre entendemos nosotros más acaso que ningún pueblo de Europa, Asia, Africa y América (ignoro lo que se bebe en Oceanía), y ni el hidromiel de los germanos, ni el kumis de los kirquitos, ni el pulque de las rancherías mexicanas, ni la leche de coco, creo que pueden soportar la comparación con nuestra clásica horchata de chufas.

* *

Y no es sólo la composición de la horchata lo que patentiza nuestra aptitud para adaptar el alimento y la bebida á la temperatura y evitar que se achicharre el organismo. Si en varias regiones españolas se come de la manera más excitante é inflamante (embutidos, rellenos, adobos, jamón, cecina, todo muy salado y con muchas especias), en otras regiones se ha adoptado un régimen prudente y sabio, vegetariano: el gazpacho, las migas, la ensalada de tomate y pepino, los diferentes ajos: blanco, arriero, al óleo, y sólo Dios sabrá cuántos delitos y crímenes protervos evita en esos países de ardientes pasiones el sistema de alimentación á que están sometidos los braceros y obreros del campo, y que les apaga en agua el Febo que les corre por las venas.

* *

El gazpacho es encantador. En muchas mesas elegantes se sirve ya en Madrid, reemplazando á la sopa caliente, que estomaga. Sucede con el gazpacho lo que con el café, el té y el chocolate: cada cual tiene una receta para hacerlo, y declara que esta receta es la única infalible. No hay andaluz que no se crea especialista en gazpacho, y recomienda procedimientos peculiares para el majado del tomate, el desmigajado del pan, la sazón del ajo y la adición del pepino. He probado infinitos gazpachos hechos de infinitas maneras, y todos me parecieron igualmente buenos... cuando aprieta el calor y el verano hace de las suyas.

No estoy tan conforme con esos pseudo-gazpachos en que el ajo lleva la voz cantante. El ajo blanco es sin duda muy higiénico: entra en él la almendra, calmante, sedante y dulce elemento, que también en horchata proporciona una sensación de frescura gratísima. El *ali oli*... lo he probado una vez, en una hospedería catalana, á la subida de Montserrat. Allí tenía color local, pero fuera de allí creo que no hubiese podido resistirlo. En Loja, otra variante del gazpacho es la *porra*, más sazónada y más fuerte que su sencillo hermano, y menos gustosa también. Y en París, en el propio París, se come algo que se asemeja al gazpacho, aunque de lejos: un tomate despa-

churrado, al cual se incorpora perejil vaciado finalmente, sal, pimienta, aceite, vinagre y unas migas de pan. Esta mezcolanza la he visto preparar en varios *restaurants* parisienses, durante el caluroso período veraniego de la Exposición de 1900. Porque, cuando en París se pone á hacer calor, es de veras y se derriten los sesos. Y por instinto, se busca lo fresco y lo narcótico, lechuga, tomate, vinagre, frutos.

* *

De los refrescos bebidos españoles hay uno que ha caído en desuso en su forma y nombre castizos, pero que la gente elegante adopta llamándole *claret cup*. Hablo de la *sangría*, excelente bebida que me ofrecieron en Toledo, y que reconforta y entona y evita fatiga y desgaste. Se compone de agua, tercera parte de vino tinto, el zumo de un limón y azúcar. Nunca se recomendará bastante la *sangría*; y si se le añade hielo, no cabe nada más exquisito. Su color es el del granate pálido.

De la limonada y la naranjada, aunque se bebe en toda Europa, creo que sólo en España se hacen estrujando naranjas y limones para añadir su zumo al agua serenada en botijo. En los demás países se emplean jarabes, ácidos; es la química en vez de la naturaleza, y siempre que he probado esas bebidas fuera de España, en vez de percibir la fragancia de azahares que aquí nota el paladar y que presta tanta poesía al refresco, se nota un sabor á botica, repugnante.

Tampoco la leche amerengada es buena fuera de Madrid. El café de Pombo la produjo de primera, con su copete salpicado de canela aromática, No sé por qué, la leche amerengada ya no está de moda; sólo entre el gentío característico de Madrid, los tipos inconfundibles de «barrio», conserva cierto prestigio ese sorbete que recuerda chisperías, manolerías, botillerías y tonadillas del tiempo de «los franceses».

Ahora, la gaseosa, los espumosos—insípidos y que dejan una sensación ingrata, picona, de bebida fabricada á máquina—hacen competencia á los refrescos tradicionales. Sólo la horchata conserva su hegemonía, y hasta diré que la ha acrecentado, porque las horchaterías, que antaño serían ocho ó diez, se multiplican y ven crecer su clientela, y porque en los sa-raos y fiestas de alta sociedad, sobre todo en las que en esta época del año se verifican en jardines y parques, la horchata es de rigor, y va teniendo más partidarios que ninguna otra bebida estacional.

No toda horchata es buena. Hay horchaterías en que es mejor, en que sabe más á la chufa. Y no sólo eso: hay países, hay climas en que la chufa tiene todo su sainete, su gusto típico, dulce y refinado, y países en que la horchata de chufas es aguarrosa, chirle y hasta indigesta. ¿Por qué? No lo sé, ni creo que haya modo de averiguarlo. Lo más extraño es que, en opinión de los inteligentes, la horchata, en su tierra natal, Valencia, dista mucho de tener el buen gusto que en Madrid. Unos lo atribuyen al agua del Lozoya; otros, al azúcar... (¡Al azúcar! ¡Misterio!) Mis propias impresiones de paladar confirman la opinión corriente: la horchata de chufas en ninguna parte es mejor que en Madrid.

* *

Posee otro encanto la horchata, en las afamadas horchaterías rebosantes de gente desde que el Can, como diría un antiguo poeta culto, vibra en flamas encendido: y es que la sirven mujeres. Estas camareras de horchatería tienen un aspecto limpio y llevan unas faldillas de percal de colores alegres y unas blusas coquetonas, á pintas, á rayas, sembradas de flores; su calzado reluce, su cabello se recoge con gracia y con estilo, mordido por peinetas de celuloide y atusado ó encrespado como quiere la moda. A pesar de las fatigas del oficio—oficio doble, afirman los maliciosos,—las muchachas de horchatería no están ajadas, ni de mal humor; sirven con presteza y voluntad. El servicio de la mujer es siempre preferible al del hombre, aun cuando sólo tomásemos en cuenta el apesoso cigarro y el bigote hispido y cerduno. Yo creo que, andando el tiempo, las prescripciones del buen tono, que exigen para el servicio en los comedores hombres nada más, se suavizarán, y se implantará el servicio de mujeres, que los romanos prefirieron para sus banquetes y juergas. Uniformadas y nítidas en su aseo, no entiendo por qué no podían las mujeres atender al comedor, dejándose atrás á los serios y patilludos criados de ahora.

* *

Volviendo á la horchata, en este tiempo la encontraréis hasta en puestos al aire libre, por plazas y ca-

lles; hasta en la garapiñera de los vendedores ambulantes, que lanzan su pregón pintoresco sincopando las palabras: «¡Chata... lá!» El pueblo madrileño tiene esta nota característica: cuanto se vende y se compra, qué represente una sensación grata, lo democratiza, lo pone á su nivel, y lo disfruta. La horchata y el limón granizado que toma el pueblo bajo de Madrid en la calle costará veinte céntimos menos que en los establecimientos; el limón sabrá á purgante; la horchata, en vez del igual y bonito tono crema, tendrá un matiz azulado sospechoso; pero serán limón y horchata helados, y el mozo de cuerda y la maritornes y el golfo y la mendiga satisfarán su golosina y se refrigerarán, como han satisfecho su instinto dramático y novelesco en el *cine* y su instinto suntuario en el puesto del Rastro en que se venden cintas de seda á cinco céntimos y dijés de similar á diez.

* *

Una cuestión pavorosa surge á propósito de la horchata. ¿Cuáles son sus relaciones é influencias en la salud, en el aparato gástrico, en las funciones digestivas, etc., etc?

A la verdad: hemos llegado á exagerar el cuidado de la salud, y vivimos mártires de este *nuevo ídolo*. Por muchas precauciones que se adopten, la vida del hombre es breve y está llena de miserias, que dijo la Sabiduría. Cuando contempláis una jarra de cristal que destella de limpia; y dentro de ella un bloque de nieve tostada, sabrosa, el jugo de una raicilla que parece conservar, bajo la tierra, un rayo de sol levantino; y al lado de la jarra, en plateada bandeja, veis apilarse la ligera montaña de los dorados barquillos, esa deliciosa pasta que sólo en España se confecciona bien, ¿no es un abuso de la higiene, tirana nuestra, sugeriros que pagaréis con sufrimientos y molestias el goce tan poco material, tan poético, de absorber esa nieve y ese sol por esa finísima trompetilla que se deshace, crocante, entre los dedos?

¿Sabéis lo que han discurrido los higienistas? Pues nada menos que lo siguiente.—En verano, ¿os gustarán, naturalmente, las bebidas frías, el agua donde se disuelve el roto cristal del trozo de hielo, el vino *frappé*, la fruta de suave acidez, las fresas, los melocotones, las cerezas, los sorbetes, los quesitos helados, todo eso que la favorita del rey de Francia lamentaba que no fuese pecado tomar, pues sólo le faltaba, para su delicia, el estímulo de la prohibición? ¿Os gustará la horchata, que lleva á las venas una corriente de frescor y reposo?—Los higienistas, más tiránicos y prohibitivos que los severos confesores, se convierten en otros tantos Pedros Recio de Tirtafuera, y no contentos con quitaros de delante la deleitosa jarra de horchata, os presentan un jarro lleno..., ¿de qué diréis? De agua caliente. Así como suena: agua caliente, lo más nauseabundo en este tiempo... «Es lo único que debéis beber—repiten los consabidos estropeadores de la existencia.—En esta época del año, precisamente en esta época del año, es cuando el cuerpo necesita la bebida caliente, para que no se alteren las funciones de sus órganos. Infusiones, cocimientos, combatirán los efectos irritantes ó debilitantes de la fruta, el hielo, los refrescos y hasta el agua serenada del botijo, la cual también, con apariencias de honradez, es una pícara traidora, que se atosiga y produce esto, aquello, lo de más allá...»

* *

¡Qué difícil debe de ser guardar régimen, guardar las prescripciones de la higiene endemoniada, en esos países de perpetuo y enervante calor! Hay una porción de cosas que parecen reprobables y son excusables si se piensa en los efectos, disolventes para la voluntad, de la temperatura... La galvana, la cansera, la flojera, la languidez, el caimiento de ánimo, ¿no responden en gran parte al termómetro? La superioridad de los anglosajones, ¿no penderá en gran parte de no haber necesitado nunca tomar horchata de chufas á pasto, para refrescarse las venas?

Sobre la estepa castellana, el viento de Africa ha pasado, soplando brasa y sin mover las hojas de los chaparros y lentiscos. El océano de oro de la mies no se ha estremecido siquiera. En la populosa capital, enclavada por caprichos de un coronado asceta en mitad y mitad de las llanuras, el hombre que duerme su siesta se despierta rendido de sofocación y sudor. Salta de la cama, se pone el *canotier* de paja amarilla, y soñando con inmensos abanicos de plumas y con chorros glaciales de agua salada ó dulce que pasan sobre su cuerpo vigorizándolo, salva la calle, entra en la horchatería de enfrente y le sirven su ensueño... en forma de colmado vaso de horchata de chufas.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LOS MAESTROS DEL ARTE ESPAÑOL.—EL ESCULTOR MIGUEL BLAY

El talento fuerte y exquisito del nuevo maestro Miguel Blay; su manera de hacer, bella, armónica, pulidísima, honda y espiritual, cautivaron mis sentidos.

¡Qué sorpresa!.. Recuerdo mi visita á la Exposición Nacional de 1894... Yo era un jovencuelo recientemente llegado de provincias, á quien comenzaba á gustar el arte grande. No conocía entonces á Donatello, ni á Miguel Angel, ni á Meunier, ni á Rodin. Es así, en ese punto de ignorancia supina, como mejor debe apreciarse la obra artística, si poseemos un medio gusto y un poco de sentimiento. Yo he visto á más de un hombre palurdo, tosco y por consiguiente profano en arte, ensimismarse en la contemplación de las obras de Velázquez y del Greco, y descubrir, en los lienzos de estos dos potentísimos maestros guías, los detalles que no ve todo el mundo. Debemos, pues, recoger y estimar el aplauso de las almas sencillas, desapasionadas, puras, en fin, que juzgan en bulto por una primera impresión, no exenta en casi todos los casos de sentido artístico.

He aquí que aquella veintena de esculturas presentadas en la Exposición de 1894 me atraían. Nadie

talento del maestro en la representación justa y difícilísima de esas caras inocentes, bonachonas, dulces, de esos rostros pueriles que el vulgo asegura son to-

ma conocida y muy admirada en el mundo entero. Mas no obtuvo el premio porque un pintor ilustre dividió los votos con su candidatura, y aquel año se declaró desierta la elevada recompensa. Pero ¿qué nos importa las mercedes oficiales y lo que dictaminó un jurado lleno de pasión?

Blay entonces se elevó por su obra, de un salto y para siempre, y en opinión de los que en estas cosas se ocupan, quedó consagrado como un gran maestro de la escultura moderna en España. Y así gustoso é ilusionado comencé yo á admirar á este artista, que no conocía personalmente. Ayer ya nos presentaron á nuestro amigo, á Blay. Fuimos á su estudio. Ya hemos visitado al maestro varias veces y ya hemos hablado con el joven escultor muchas horas.

Miguel Blay es uno de los hombres que forma en el grupo de la selección, que nadie ha hecho, pero que existe como resultante de los pasados extravíos. Claro está que yo me refiero sólo al arte, y no aludo para nada á la política.

Hablando al maestro conocemos en seguida su manera de pensar, también el pasado y el presente de este hombre, y al instante abarcamos todo el esfuerzo del nuevo artista, en lucha feróz con el medio.

Hombre purísimo, sencillo, franco, que charla sin acritud, sin asomo de malquerencia para con nadie en particular, su rostro aquí sí que es el espejo del alma, y lo veréis rubio y colorado como una manzana en sazón, sonriente siempre, atrayéndoos como un hermano sin pena, que es feliz en su hogar modesto,



Lápida conmemorativa de la reconstrucción de la Casa Ayuntamiento de la villa de Palamós, obra de Miguel Blay

Como testimonio de la consideración que ha merecido al Municipio y vecinos de la hermosa villa de Palamós el acto de desprendimiento llevado á cabo por D. José Mauri, quien ha sufragado los gastos de reconstrucción de las Casas Consistoriales, se ha colocado en el Salón de Sesiones la lápida conmemorativa que reproducimos, modelada y ejecutada en mármol por el distinguido escultor D. Miguel Blay.

dos muy parecidos, y no es verdad, que nosotros, ahora ya hombres graves y un poco viejos, tuvimos allá en nuestra muerta infancia. Triunfo inmenso sería en mi opinión, para cualquier gran artista, el aproximado estudio que pudiera hacer, en escultura ó en pintura, sobre las transformaciones por que pasa nuestro espíritu—que es lo interesante,—nuestro carácter, al tiempo mismo que cambia, al correr de los años, nuestra física fisonomía, cuando ya se anublan nuestros ojos, páranse nuestras ilusiones y se entristece el alma.

Pude ver aún más tesoros en aquella exposición de Blay: descubrí un temperamento de gran artista, fuerte, hondo, en una obra que era como yo creía debía ser la mayor parte del trabajo de estos hombres donde arde la llama del genio. Lejos del mundo nuevo—como predica el filósofo,—la mediocridad que estaciona el progreso de nuestras vidas. El artista ha de ser un hombre superior, á quien nadie discuta.

La apostólica figura del doctor Rubio—hermana gemela á la del santo Robert—la concibió el ilustre joven escultor catalán con sencillez, pero llena de vislumbres que fascinan. Manos de justo, cuerpo sin vicios y potentísima testa de superhombre de admirable idiosincrasia inconfundible. Bueno, sabio y sencillo; antorcha, guía, protector de la pobre humanidad enferma...

Préstase, en muchos casos, la figura exterior de estos varones genios, á la representación grandiosa en obra perdurable de arte. Pero ninguna como la del doctor Rubio, que era de la misma estirpe que el Moisés de Miguel Angel. Gigantesco, fortísimo de cuerpo y de cabeza amplia y soberbia en rasgos. En su mirada resplandecía la bondad y la ciencia.

Así conocimos al hombre admirable, así volvían á verlo con asombro nuestros ojos en el monumento que Blay presentaba, y así queda, ya fija en bloque de piedra, su gran figura para que la guarden las generaciones venideras.

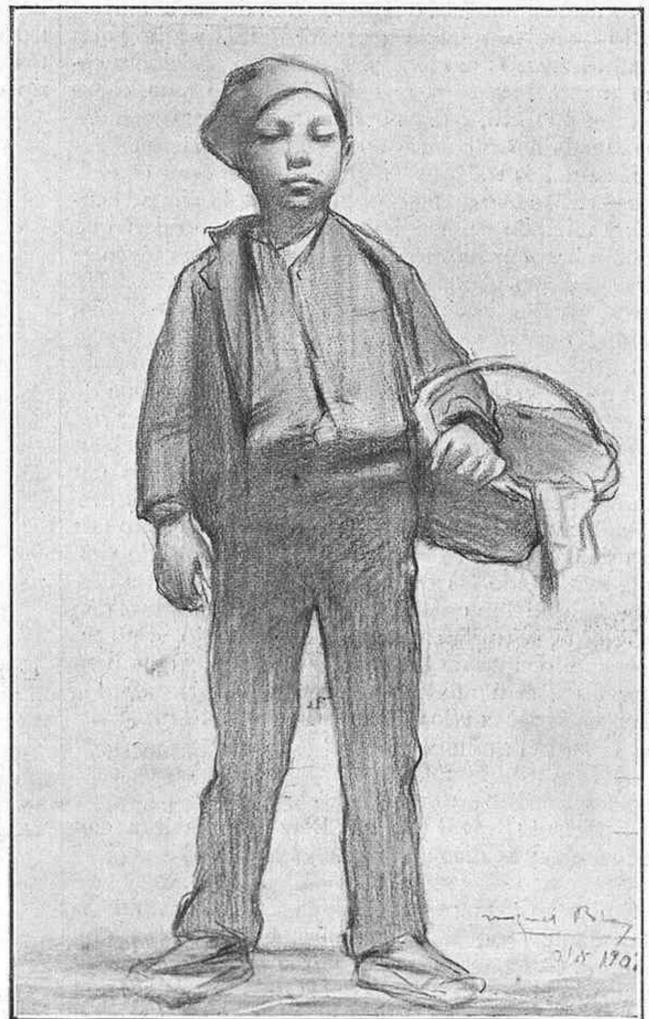
Blay mereció aquel año sinceras alabanzas por su completa, profusa y diferente obra que exponía en el Concurso. Se le votó para la medalla de honor, que bien la merecía el artista expatriado en París luchando tenazmente y ya dueño de una fir-



El eminente escultor Miguel Blay

guiaba mi gusto, ni me explicaba recónditas bellezas; mas yo veía en una y otra escultura del para mí desconocido autor algo extraordinario que subyugaba al instante. Y era duradera la sensación. Estatuitas de medio metro de altura, que representaban idealidades femeninas, mujeres de blondas cabelleras y de delicada envoltura terrena, talladas en mármol con tanta gracia y delicadeza como yo no había visto jamás. Y al lado de estas obras veíanse también, ostentando la firma de Blay, retratos de otras mujeres de existencia real y no del ensueño, descotadas, pletóricas de vida, y bellas y sabiamente dispuestas para la copia en alba piedra. ¡Oh áureos cabellos ondulados y recogidos por manos cariñosas de artistas!..

Unas esculturas de niños hicieronme admirar el



Apunte, dibujo de Miguel Blay

con su esposa y sus hijos, y con su trabajo cotidiano dentro de su bello arte.

Viene Blay loco de entusiasmo de Barcelona.

—¡Qué Exposición!.. Hermoso triunfo ha sido este

Aparta Blay unos lienzos húmedos que cubren esta obra, y toda ella, casi terminada, aparece ante mi vista. Es el grupo sobrio, elegante y de cabal significación. Me explica el artista, en dos palabras, su idea. Irá de este modo la obra escultórica á Barcelona. Ya sabéis que el nuevo palacio se va á destinar á albergue de una notable sociedad coral del país. Pues bien: la escultura de su frontón aclara perfectamente la idea, sin que quede duda á nadie de los que el grupo contemplan, de la interesante música que dentro del regio local va á oírse y venerarse.

Se asienta la escultura de Blay sobre la base de una gran columna, rematada por el escudo de Barcelona. Suben por ambos lados una bandada de pájaros. En la parte de la derecha se ve el grupo de la canción popular; lo forman una joven aldeana con típico traje, dos hombres fuertes hijos de la tierra firme también; una de estas figuras es del presente, otra del pasado, y ambas llevan barretina sobre sus chollas amplias y trazadas valientemente; siguen á éstos hombres de la montaña: otros dos que son tipos de mar, pescador y marino mercante, que eran y son en el día los verdaderos transportadores por todo el mundo de las viejas y poéticas canciones populares.

Obsérvase en el otro lado, en la parte de la izquierda, la idea tierna del grupo escultórico: mujeres de sociedad en trajes de gala, unas niñas, otras mujeres, ahora vestidas con sencillez, con ropas de pueblo;

una alegoría de la canción popular *El nov de la mare*, y por último, sobre estos admirables grupitos y figuras de hombres y mujeres de la raza catalana, firmes sostenedores de sus bellas canciones, aparece, desplegando una gran bandera un gallardo caballero, San Jorge, como protegiendo á toda aquella buena gente que mantiene incólume el canto de su país, que es siempre la más poética tradición artística y el legado más espiritual de los pueblos.

A grandes rasgos explicada será así la bella obra de Blay, su última escultura. Después terminará nuestro notable artista algunos bustos encargados, retratos de señoras y niños, un panteón para el cementerio del «Pere Lachaise,» de París, y unas reproduc-

Mi curiosidad hace algunas preguntas al escultor de su vida pasada, de su historia artística. He aquí algunas intimidades.

—Cuando á los catorce años yo tallaba, en la fábrica de mi pueblo de Olot, que aún existe, figuras de santos, ya había escogido mi carrera y decidido mi suerte... Morían los años; yo estaba desesperado y me aburría... Huí á Gerona, donde al instante gané unas oposiciones de pensionado, y entré á los dos meses en París... Con el maestro Chapu, que diré otra vez más era un admirable guía que sabía enseñar, comencé á aprender mi arte.

Murió Chapu y Blay pasó á Roma. Allí acabó su primera obra, que envió á la Exposición de Madrid y que fué premiada con una medalla de oro. Era aquella escultura *Los primeros fríos*. Fué el gran triunfo del maestro una sorpresa hasta para él mismo.

Terminó aquel mismo año su pensión de Gerona, y el artista, ya laureado, encontré lleno de honores, pero horro de pesetas. Afortunadamente el Museo de Barcelona adquirió la escultura premiada, encargándose en mármol. Con aquellos miles de pesetas —dice Blay— vió logrado otra vez su sueño: que era vivir en París. Y efectivamente, lo ha conseguido por muchos años.

En París expuso en el Salón y le premiaron sus obras con segundas medallas, y en la Exposición Universal con una de oro. Viviendo en Francia terminó sus monumentos, el de Chavarri en Bilbao y el inaugurado recientemente en Madrid al Dr. Rubio.

Refiriéndose á sus obras próximas le oí razonar de esta manera:

—Mi obra no la he hecho aún. Sólo conocen ustedes de ella ligeros tanteos. Me falta hacer una obra fuerte y definitiva, que subyugue á los inteligentes, que traspase las fronteras, que quede... Vea usted, vea aquí en este álbum sagrado buenas fotografías de las asombrosas esculturas de los grandes maestros.



Mujer y flores, busto en mármol de Miguel Blay (V Exposición Internacional de Arte. Barcelona, 1907.)

Concurso para la enseñanza, para el progreso del arte en España, donde sabemos que todo adelanto viste en mantillas... Nuestros jóvenes no conocían á Rodin, ni á Meunier, ni á los pintores ingleses, ni á los flamencos, ni á Zuloaga, ni, en fin, estaban al tanto de la evolución tremenda que en arte se ha operado en estos últimos años. Y no basta explicarla, hablar de ella, dejar asomar nuestro gusto, de vez en vez, en las obras del propio ingenio. El público no las entenderá y desestimaré todas las esculturas y pinturas poco tradicionalistas, que se aparten de sus aficiones, de lo que esta sencilla gente ve quizás y admira en algunos museos modernos. Muchas exposiciones como la actual catalana nos está haciendo falta, sobre todo en Madrid, que es una corte muy atrasada. Yo he pasado horas enteras en éxtasis admirativo delante de muchos trabajos—algunos ya me eran conocidos—que se exponen en el Palacio de la ciudad condal, y mirándolos, me imaginaba la impresión que debían hacer estas obras en las inteligencias jóvenes, vírgenes, que claman por la justa renovación... No soy yo partidario ni celebro toda la obra de Rodin. A mí no me agrada el Balzac y lo creo un extravío del genio. Pero Rodin es el coloso de nuestro siglo y el escultor que tiene en su historia una docena de aciertos que no morirán nunca. Así *El beso*, *Los ciudadanos de Calais*... De Meunier no hay que hablar. El escultor belga vivirá también en sus obras por mucho tiempo; sus labriegos, sus mineros, sus descargadores de los puertos, sus hambrientos, ¿no nos dan una sensación exacta, llena de espíritu, de vida y de verdad, de las desgracias humanas, de las desigualdades del mundo?.. Sana predicación es esta que yo, con fe, seguiría en mi modesto trabajo, si no tu viera que ocuparme de los pequeños encargos para vivir humildemente con su producto. ¡Zuloaga, los pintores ingleses y los franceses!.. ¿Qué le diré á usted sobre tan grandes artistas?

—Haga usted punto, maestro, y hable de otra cosa que nos entristezca menos, ¿no le parece?

—¡Bravo! ¡Bravo! (Repite Blay esta palabra con frecuencia, y la dice con regocijo y afecto.)

En los últimos tramos de una escalera de mano da Blay algunos toques á una bella figura de niña, que irá en la composición del soberbio grupo decorativo destinado al nuevo palacio del «Orfeo Catalá.» Toda la hermosa escultura llévála vencida el gran artista. La ha compuesto en barro obscuro y á la tercera parte de su tamaño, que será de cinco metros de altura.



Tras la ilusión, escultura en bronce y mármol de Miguel Blay (V Exposición Internacional de Arte. Barcelona, 1907.)

ciones de su famoso grupo *Los primeros fríos*, obras estas que le han adquirido para los Museos de la América latina.

Imitemos, pues, á los fuertes artistas que hicieron estas cosas y con ellas conquistaron el porvenir.

MANUEL CARRETERO.



RETRATO DE LA SEÑORA VIZCONDESA DE J.

busto en yeso, original de Miguel Blay

LOS DESCUBRIMIENTOS DE PESTUM

MARAVILLOSOS RESULTADOS DE LAS EXCAVACIONES COMENZADAS

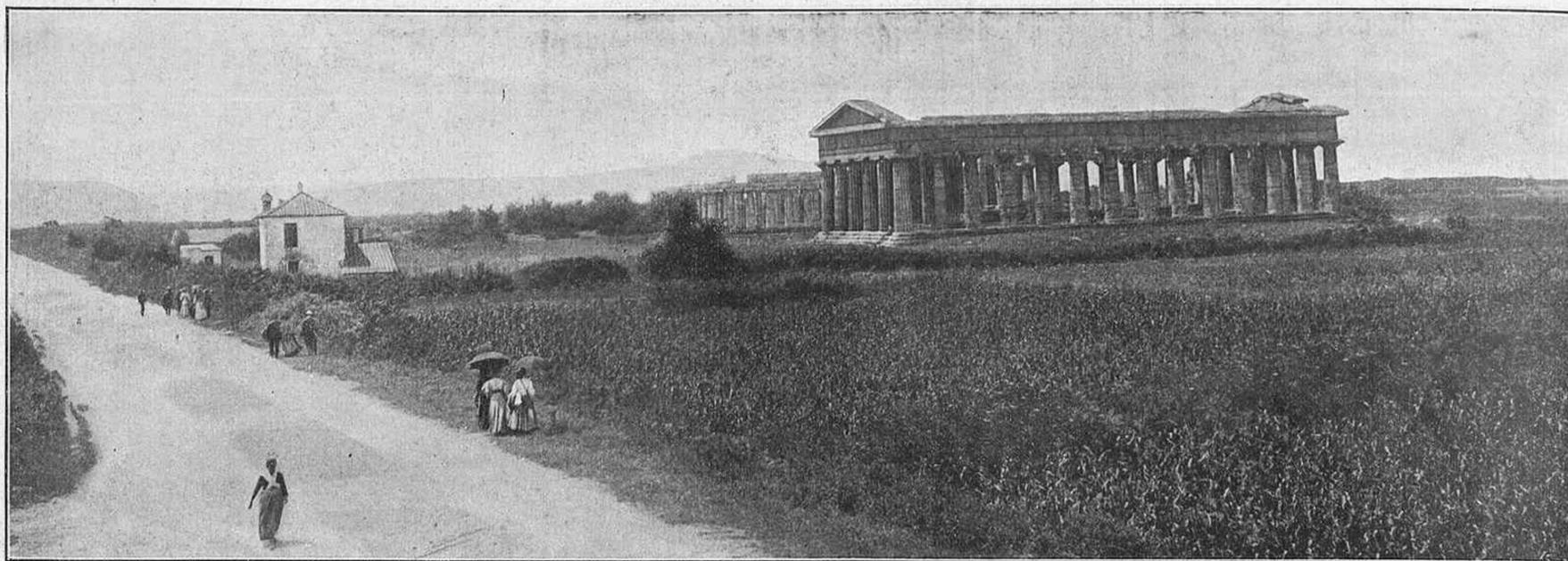


Fig. 1.— Vista de los dos templos de Neptuno y de Ceres

Aún estoy bajo la impresión deliciosa del día que acabo de pasar en esta playa solitaria en donde el arte griego ha triunfado de la acción destructora de los hombres y de los siglos, conservándonos intactos los tres monumentos más bellos y grandiosos de la antigüedad, los templos de Neptuno y de Ceres y la Basílica. Un encanto particular se apodera del espíritu cuando se visitan esos monumentos, cuyas altas columnas se destacan orgullosamente sobre el azul del cielo. No se trata de ruinas que requieran un trabajo de completación mental para devolverles la vida que tuvieron; en los templos de Pestum sólo faltan los sacerdotes para que en ellos puedan celebrarse las ceremonias religiosas, y no hay sitio alguno, ni en la misma Grecia, en donde sea tan perfecta la ilusión de revivir en pleno mundo pagano sin que nada moderno venga a turbar esa impresión.

La noticia comunicada en la Cámara de Diputados por el Ministro de Instrucción Pública de que el profesor Víctor Spinazzola, sabio y apasionado arqueólogo e inspector jefe de los museos y de las excavaciones de Italia, había iniciado algunas exploraciones en Pestum, y las indiscreciones de algunos diarios que habían dicho que habían comenzado las obras para aislar el templo de Neptuno y la Basílica y que en las primeras excavaciones practicadas cerca de ésta se habían encontrado riquezas arqueológicas tales como bronce, monedas, objetos artísticos de gran valor y buen número de armas de sílice, todo esto había excitado vivamente mi curiosidad y el deseo de hacer funcionar mi máquina fotográfica.

Unido por antigua amistad al profesor Spinazzola, le escribí suplicándole me permitiera visitar las excavaciones; contestóme con una negativa fundada en que si es sagrada la amistad, las excavaciones lo son más todavía y en que había prohibido en absoluto que se sacaran fotografías antes de haber él presentado su memoria al Ministro. Esto no fué óbice para que a la mañana siguiente, a las seis, me encontrara yo con el tal

Y bajo ese compromiso, hicimos juntos el delicioso viaje por esa línea espléndida que después de contornear el golfo de Nápoles, da la vuelta al de Salerno, pasando por Cava y Vietri, la Costa de Oro meridional.

Desde la estación de Pestum hasta la puerta de la vieja ciudad, no hay más que cinco minutos. Esta puerta (fig. 2), casi intacta, con su arco elegante y sólidamente construída, según costumbre griega, con grandes bloques de travertino sobrepuertos sin cal, hállase actualmente rodeada de vegetación que pronto desaparecerá a consecuencia de las obras de ensanche de la alameda que va a parar a la carretera provincial y que atraviesa la población de Norte a Sur.

En la encrucijada distínguese de pronto como una visión (fig. 1.) los dos templos majestuosos, la colina de la Acrópolis en el fondo y detrás el mar. Y enfrente de la entrada (en donde, por cierto, me olvidé de dejar mi aparato fotográfico) surge la mole imponente del templo de Neptuno (fig. 3.) dejando ver entre sus columnas el cielo luminoso. Delante del templo, a pocos metros de las tres gradas que lo rodean, el profesor Spinazzola me enseñó una porción de grandes bloques de travertino que formaban el altar del templo hasta el presente ignorado y que en estos días será enteramente desenterrado; mi fotografía quedará como documento del descubrimiento y del cambio de aspecto del lugar.

El espectáculo llega a ser extraordinario cuando se penetra en el templo (fig. 5.) y se admiran las numerosas columnas, severas y solemnes.

Un poco más a la izquierda surge la Basílica (fig. 4.), en la que las excavaciones han puesto ya al descubierto la última grada, alcanzando así los diversos planos que tuvo antiguamente la ciudad. Uno de los objetivos que se propuso el profesor Spinazzola y que conduce y conducirá aún más al desenterramiento de la Pestum más antigua que la hoy conocida,

ellos las otras gradas desenterradas. A la izquierda, en donde se ve sentado el profesor Spinazzola consultando los planos, está el último bloque lateral del altar, oculto durante siglos por la maleza y la tierra y que va a ser desescombrado.

En el interior de la Basílica (fig. 6.) se ven las bases de las columnas que la dividían en sentido longitudinal; las excavaciones que se ejecutan en las inmediaciones del templo han puesto al descubierto fragmentos de esas columnas, y capiteles esculpidos.

La fachada occidental ha sido enteramente desenterrada por las excavaciones que, en algunos sitios, han llegado a 1'65 metros de profundidad; la septentrional no ha sido aún excavada.

Todos los objetos encontrados se conservarán en un museo especial instalado en una torre griega, casi intacta, que se alza junto al río Salto, y cuyo propietario, el Sr. Salati, la ha cedido, gracias a la mediación del profesor Spinazzola, al Estado. Una ancha escalera conduce a un vasto salón en donde hay reunidos ya numerosos objetos de un valor arqueológico extraordinario y de los cuales me está vedado hablar.

Una civilización inesperada e impresionante hállase allí puesta de manifiesto por los objetos prehistóricos de las edades arqueológica y neolítica, del bronce y del hierro, encontrados a centenares a pocos metros de la Basílica, en el mismo sitio en donde se ve sentado, en la fotografía (fig. 4.), al director de las excavaciones.

Esa enorme cantidad de objetos que revelan una civilización milenaria y el descubrimiento de la carretera han dado a esas excavaciones un aspecto tan interesante y producido tan importantes resultados que los arqueólogos de todo el mundo las siguen con ansiedad. Hoy por hoy, esos trabajos constituyen el acontecimiento más grande de la ciencia arqueológica.

Dentro de algunos meses, las vías de la antigua Pestum conducirán a los templos restituídos a su primera belleza, y millares y millares de turistas encontrarán esos monumentos de la vieja ciudad enteramente transformados, ya que el gobierno italiano



Fig. 2.— Antigua puerta de Pestum



Fig. 3.— Vista del templo de Neptuno

profesor en la estación de Nápoles y tomara, después de él, billete para Pestum.

— No es el periodista quien acompaña a usted, le dije, sino el amigo.

— ¿Y ese aparato fotográfico?, me preguntó.

— Lo dejaré a la puerta.

fué encontrar el plano de la ciudad vieja; y habiendo adquirido la certeza de que el plano conocido no era el verdadero, comenzó por buscar las antiguas carreteras alrededor de los templos. La línea blanca que se ve a la derecha en la figura 4 revela ya el segundo nivel de los planos alcanzados, en el cual se han encontrado varios bloques del *epistilium* y delante de

ha prometido al profesor Spinazzola todo el apoyo necesario para llevar a buen término su descubrimiento maravilloso.

Nápoles, junio, 1907.

CARLOS ABENIACAR.
(Fotografías del autor.)



Fig. 4.— Vista de la Basílica

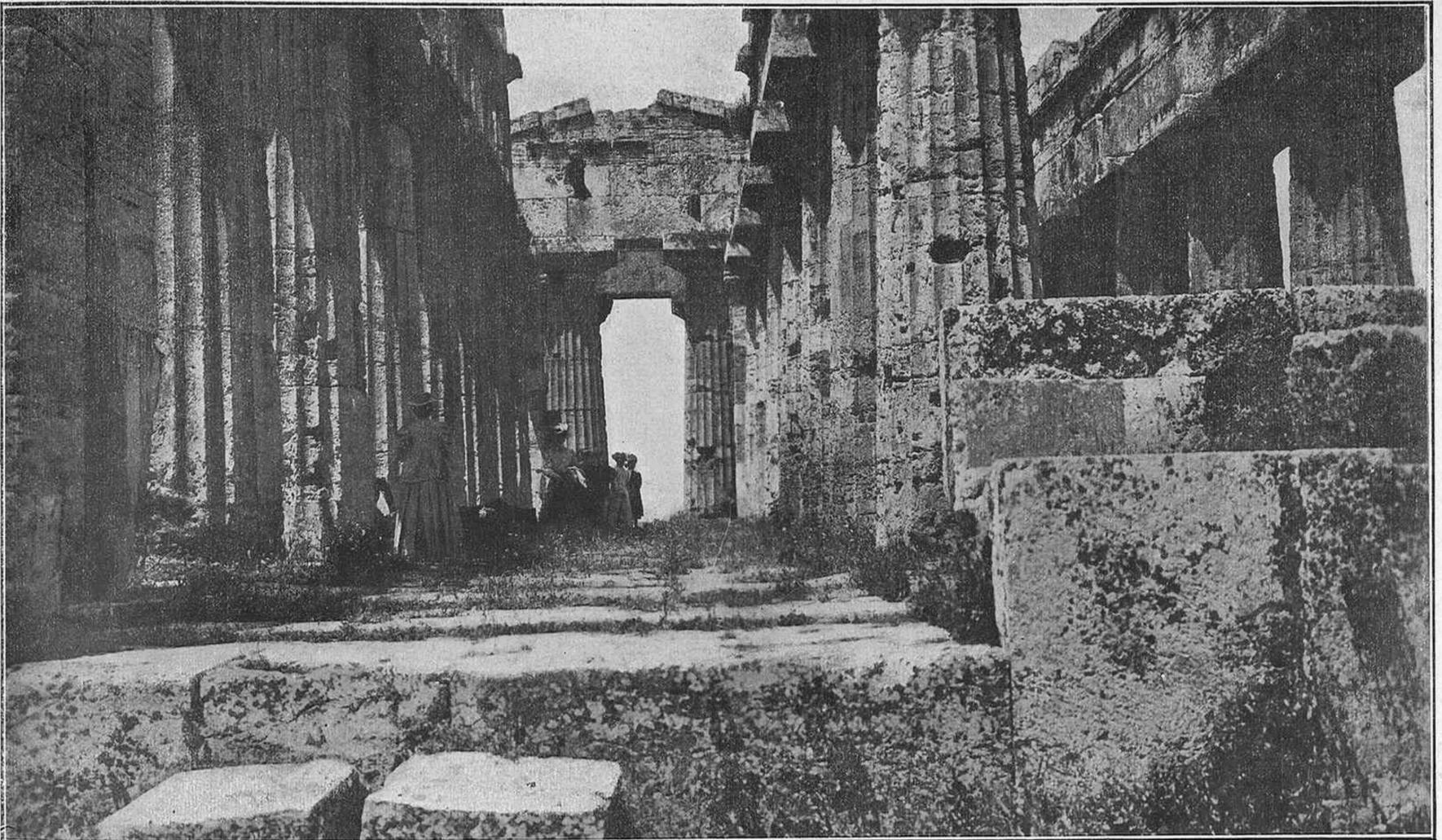
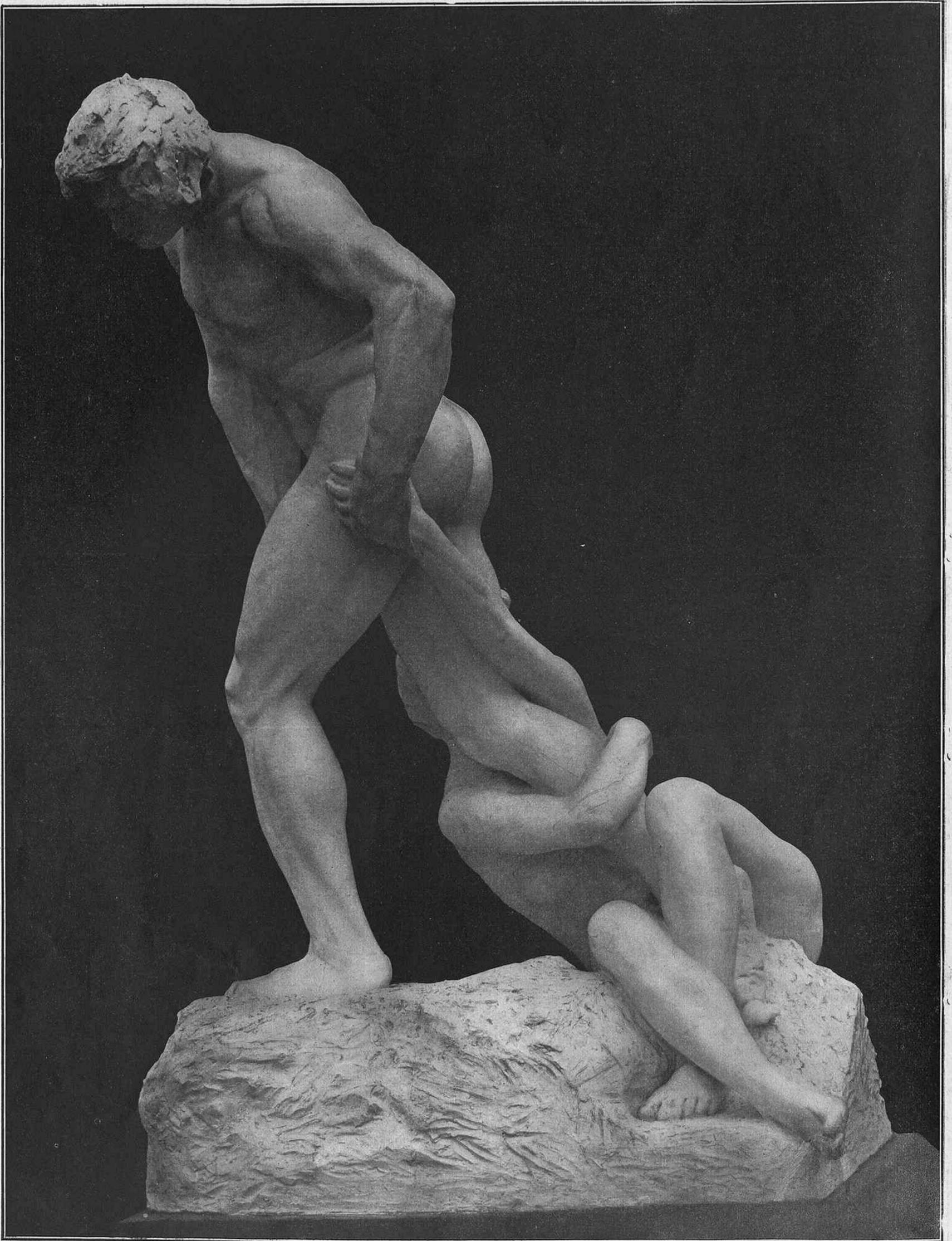


Fig. 5.— Vista interior del templo de Neptuno

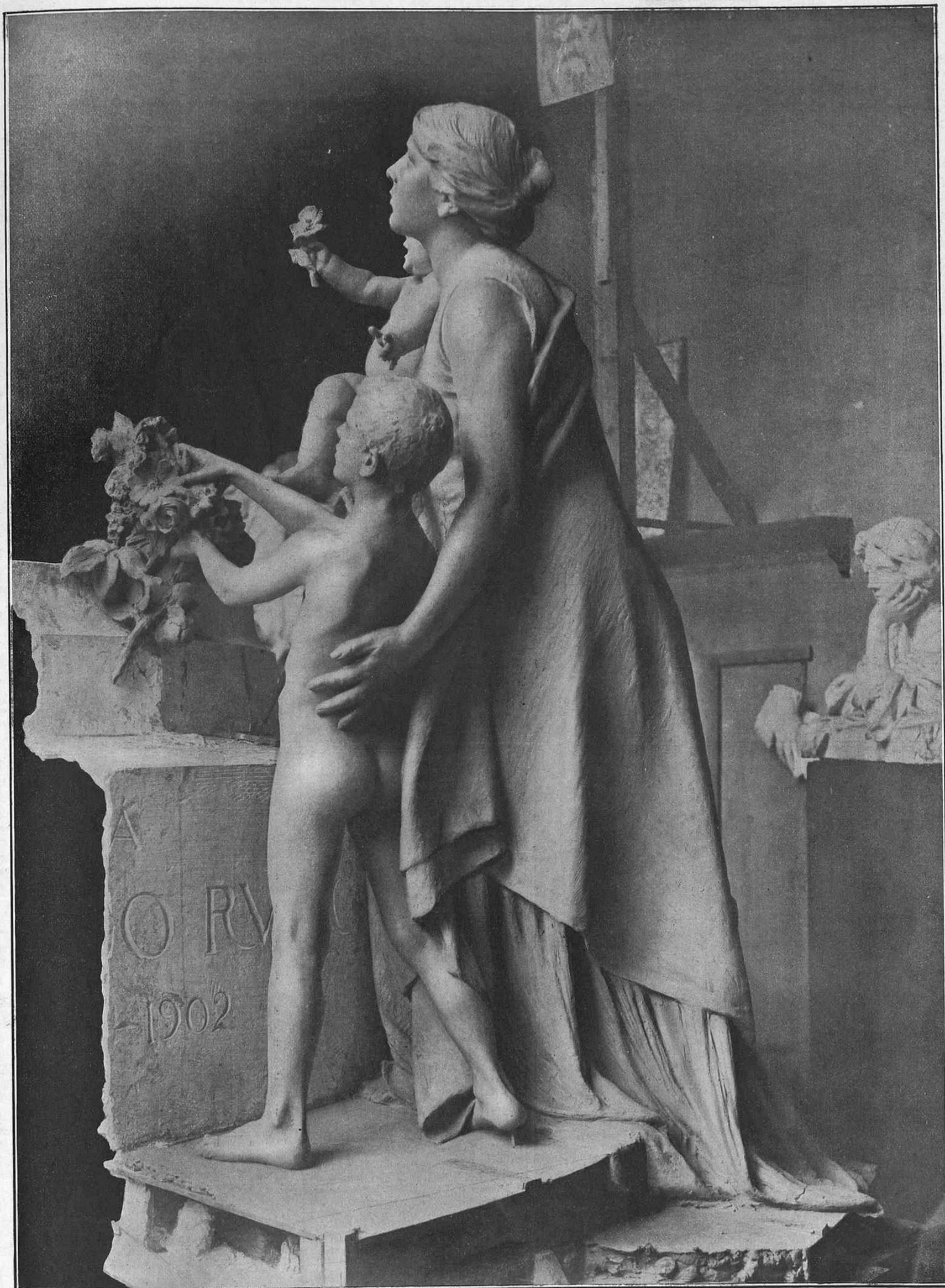


Fig. 6.— Vista interior de la Basílica

LOS DESCUBRIMIENTOS DE PESTUM.—MARAVILLOSOS RESULTADOS DE LAS EXCAVACIONES COMENZADAS



EL GRILLETE,
escultura en mármol, original de Miguel Blay



FRAGMENTO DEL MONUMENTO AL DOCTOR RUBIO, RECIENTEMENTE INAUGURADO EN MADRID,
escultura original de Miguel Blay

LOS SUCESOS DE MARRUECOS



Los asesinos del doctor Mauchamp á su llegada á Tánger, desembarcando en vagonetas á causa de los grillos que tienen en los pies
(De fotografía de Rittwagen.)

LA REAL FÁBRICA DE SAJONIA, EN-MEISEN

Meisen, tan justamente celebrada por sus manufacturas de porcelana y en donde Juan Federico Bottger realizó sus notables descubrimientos, ha representado siempre y en todas

y perfecta como la coreana, dieron los resultados que apetecía, siendo recompensados cumplidamente sus afanes, puesto que sus sucesores han perpetuado la gloriosa tradición y el público ha acogido con aplauso esos vasos de gusto barroco, los caprichosos candelabros, los bonitos cofrecitos y esas delicadas figuritas y grupos, delicadamente modelados y pintados con pasmosa minuciosidad.

Difícil sería, en breve espacio, describir las vicisitudes de las manufacturas de Meisen, puesto que los acontecimientos políticos y más aún las guerras perjudicaron hondamente los progresos y el desarrollo de tan interesante fabricación. De ahí, pues, que las modificaciones y mejoras introducidas por artistas como Kandler, quien imaginó adornar los vasos con guirnaldas y figuras, viéronse violentamente interrumpidos por la funesta guerra de los Siete Años, renaciendo gracias á la iniciativa de otros escultores.

Igual suerte cupo á las demás fábricas establecidas en otras localidades alemanas, que como las de Furstember, Höghts, Frankenthal, Nymphenberg, Anspach, Berlín, Fulda, Limbach, etc., lograron mantener la fama tan brillantemente adquirida.

Los demás países de Europa procuraron asimismo producir porcelanas, estableciéndose manufacturas importantísimas que, como las del Buen Retiro y de Alcora, tan alto pregonan las nobles y patrióticas iniciativas de Carlos III y del conde de Aranda.

Cuanto á la Real fábrica de Sajonia, en Meisen, que motiva escribamos estas someras noticias, siguió la suerte de las demás; y si durante un corto período logró singularizarse, fué gracias á la inteligente dirección del notable escultor Joessel. Mas al fallecer este distinguido artista, decayó de un modo verdaderamente lamentable, no bastando á vigorizar sus penosos esfuerzos la protección que creyó necesario prestarle el Estado.

A partir de hace pocos años, hállase en el período que pudiéramos llamar de su renacimiento, habiéndose introducido una modificación en el decorado de las piezas, que consiste en la adaptación al gusto moderno y en la mayor simplicidad,

prescindiendo de los aditamentos de flores, guirnaldas é insectos, conforme lo atestigua el hermoso grupo que reproducimos, modelado por el inteligente artista C. T. Eisler, que auxiliado

por otros no menos entendidos escultores, trabajan con acierto y logran sostener el buen nombre y la reputación del que fué emporio de la fabricación de porcelana en Alemania.



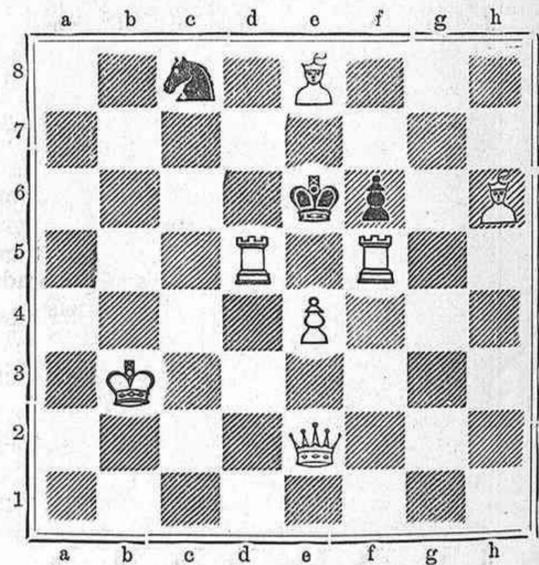
La gallina ciega, grupo de porcelana de Sajonia

épocas el centro de producción de esas admirables piezas de porcelana, tan apreciadas por los inteligentes. Los esfuerzos y preocupaciones de Bottger para obtener una pasta tan blanca

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 469, POR V. MARÍN

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 468, POR V. MARÍN

- | | |
|-----------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Cf3-h4 | 1. Da8xa5 |
| 2. Dg4-g8 jaque | 2. Rd5-e4 |
| 3. D mate. | |

VARIANTES.

- 1..... Cc1-b3; 2. e3-e4 jaq., etc.
Cc8 juega; 2. Cf5-e7 jaq., etc.
Otra jug.^a; 2. Dg4-g8 jaq., etc.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Boulevard des Capucines, Paris.

EL MARIDO DE AURETTE

SEGUNDA PARTE DE «AURETTE»

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)



... se la llevó á un rincón agradable y solitario para confesarla...

Habitaba con dos ó tres criados en un caserón viejo, enorme, llenc de muebles antiguos, algunos de ellos preciosos y otros de caoba chapeada de la peor época de Luis Felipe, únicos á los cuales concedía importancia. Para entretener sus ocios tenía un gran corral con un centenar de gallinas aproximadamente, cuyos productos vendía, como también los frutos de su huerto, la madera de su parque, y en una palabra, todo cuanto podía valer algún dinero. Por otra parte, no era avara y socorría de buen grado la miseria de su alrededor, con tal que fuese una miseria silenciosa y decente; en cambio, quien le pedía podía estar seguro de no obtener nada.

Esta última particularidad contrarió en alto grado á Aurette, y sin embargo, no paraba allí la cosa: aquella semigranjera, aquella mujer acostumbrada al aire libre, tenía una idea fija, acabar sus días en una de esas casas religiosas adonde se retiraban las damas nobles de los buenos pasados tiempos después de haber disfrutado suficientemente del mundo. El doctor Rozel, que de antiguo la conocía, más de una vez la había emprendido con ella acerca de este particular. «¿Y á usted qué le importa?»—le contestaba ella con aspereza, mientras la punta acusadora de su nariz se teñía de un color rosa pálido.—Con mi dinero me iré á vivir á una casa de damas nobles, ¡y bien sabe Dios si soy plebeya! Llevaré una dote, nuestro que así se dice, suficiente para que me reciban muy bien; viviré con marquesas, dormiré en un cuarto de condesa y tal vez moriré en una cama de duquesa. ¡Y esto vale dinero, vaya si lo vale!»

En vano había intentado el doctor disuadirla. Por otra parte, con aquella mujer singular, ¿se sabía acaso si discurría ó no seriamente? Cuando él le hablaba de sus sobrinos, contestábasele imperturbablemente: «Ya he dicho á usted que les dejaré mis muebles, mi ropa blanca y mi plata labrada; después de todo, nada les debo.»

—Resueltamente no voy, dijo Aurette cuando Julia hubo completado el cuadro. Prefiero escribirle.

—Sobre todo, nada de frases patéticas, repuso su hermana. Su nariz se pondría de color de grosella, y por más esfuerzos que hicieras quizás no conseguirías que recobrará nunca más su color natural.

Aurette escribió una carta muy sencilla y la envió á su destino, hecho lo cual esperó una respuesta que en una semana no recibió.

En la mañana del octavo día, uno de esos cochecitos atroces, pintarrajeados de anuncios y adornados con una estrella que transitan cómicamente por las calles de Angers, traspuso la verja del Nido, entró en la avenida y se detuvo delante de la escalinata con indecible asombro de los criados. Una anciana descendió del vehículo y subiendo las escaleras con sorprendente sangre fría, hizo anunciar á la «Señora Thomasset.»

Sólo á la vista del coche Aurette la había adivinado, y en cuanto la vió la conoció en seguida: el retrato era exacto. No sin cierta emoción, porque comprendía que el destino de Lucila se estremecía en sus manos, hizo entrar á la visitante en el salón, le ofreció la mejor butaca y esperó á que hablase.

—No está mal esta casa, dijo la señora Thomasset después de haber inspeccionado las paredes y los techos; se goza desde aquí de muy buena vista, pero no vale todo esto lo que mi país. Por supuesto, que no es para decirle esto para lo que he venido. ¿Me ha escrito usted, apreciable señorita, á propósito de mi sobrina Lucila?

Aurette inclinó la cabeza en silencio, temerosa de romper el hilo, bastante tenue en apariencia, de las ideas de la señora Thomasset.

—Es una buena muchacha: carece de carácter y tiene un corazón blando, defecto propio de la comarca angevina; pero no es mala del todo. El hermano también. ¿Le conoce usted? Vale más que ella; no tiene tan blando el corazón.

Aurette habría querido saber qué es lo que caracteriza un corazón blando, pero no se atrevió á preguntarlo.

—Como iba diciendo, es una buena muchacha; pero se ha equivocado usted al suplicarme que le diera quince mil francos de dote; sí, se ha equivocado usted, mi buena señorita.

Aurette no sabía en qué consistía esa equivocación y esperó á que la señora Thomasset se lo explicara; pero la explicación no vino.

—Fsa muchacha, dijo la anciana, tiene quince mil

francos, que es todo lo que se necesita; una mujer ha de ser pretendida únicamente por lo que es en sí.

—Ciertamente, señora, pero los reglamentos concernientes á los militares...

—Es que no tiene ninguna necesidad de casarse con un militar; yo á los militares los detesto.

—No obstante, señora, ¿si se aman?..

—¡Psch!, exclamó la tía Thomasset describiendo con su índice una línea en el aire. No necesitan quererse, puesto que no pueden casarse.

Sus ojos de color gris pizarra estudiaban el rostro de la joven sin que hubiera posibilidad de interpretar la expresión de los mismos. La pobre Aurette se sentía enteramente desalentada.

—Tiene usted razón, señora, dijo tratando de vencer la dureza de la señora Thomasset; hacen mal en quererse; mas ya que el hecho existe y que se aman, ¿no sería bueno tratar de reparar el mal?..

—¿Y usted cree que esas cosas se reparan?, preguntó la aldeana dándose golpecitos con los dedos en la rodilla.

Aurette la miraba perpleja.

—¿Cree usted, siguió diciendo, que para curarles el amor es menester casarlos? ¡Está usted en un error, querida señorita! Con ciertas personas este remedio da buen resultado, pero con esos corazones blandos... ¡bah!

Su mirada burlona escudriñaba en lo más profundo del alma de Aurette, que sintió instantáneamente como una revelación: su visitante estaba enterada de la ruptura de su antiguo matrimonio con Raúl Bertholon y tenía curiosidad de conocerla.

—Que esto les impida ó no amarse en lo porvenir, replicó la señorita Leniel con cierta animación, el hecho es que al presente se aman y que serán muy desgraciados si no se les ayuda para que se casen.

La señora Thomasset paseó su mirada por la sala con aire de aprobación.

—Es antiguo su Nido de Pájaros, señorita, dijo. ¿Es alguna vieja mansión de nobles? A mí me gusta todo lo que con la nobleza se relaciona.

Aurette estuvo á punto, por vez primera en su vida, de decir algo que pugnaba con su natural bondad; pero aunque la circunstancia de que no era en

provecho suyo la excusaba, se contuvo; pareció, sin embargo, que los ojos perspicaces de la señora Thomasset lo habían adivinado, y se ruborizó.

—En fin, dijo la anciana, si esa chica quiere á todo trance casarse con su militar, á ella le toca encontrar esos quince mil francos.

—Pues esto no será un obstáculo, replicó la señorita Leniel con viveza, porque los tendrá.

—¿Se los dará usted? No los aceptará. ¿A qué esa limosna?

—No será limosna, sino préstamo. Me los devolverá más adelante.

—¿De los ahorros del teniente? No cuente usted con ello. Le digo á usted que no aceptará. De todos modos, si se empeña en casarse, yo no puedo impedirlo... Le enviaré unos pollos para la comida de boda... y manteca.

Aurette estuvo á punto de decir «¡Muchas gracias!»

—Si ella quiere, siguió diciendo la señora Thomasset, le daré el mobiliario de una habitación, de un lindo cuartito de caoba chapeada con cortinas de damasco de lana azul clara, mi antiguo cuarto de soltera. Y le daré además ropa blanca, que tengo en abundancia, y una docena de cubiertos de plata; el resto de su parte de plata labrada lo recibirá cuando yo entre en un convento de damas nobles.

Dicho esto se levantó y lo propio hizo Aurette.

—¿No va usted á verla?, preguntó ésta con cierta timidez.

Los modales de la aldeana la dejaban de tal manera estupefacta, que tenía casi miedo de ella, como de un animal de especie desconocida.

—No, respondió la señora Thomasset; he venido sólo para ver á usted y no he traído la cesta. Otro día será.

—¿No quiere usted almorzar conmigo?, dijo de pronto Aurette con la esperanza de domesticarla.

—No, gracias.

Estas palabras cayeron como la cuchilla de que había hablado el doctor.

En el mismo instante entraba Juan en el salón corriendo y gritando:

—¡Tenemos fiesta, tía Aurette! ¡Fiesta, fiesta! Hay indulto general de castigos; ha venido el inspector general... ¡Fiesta!

Delante de la señora Thomasset se paró con un gesto de sorpresa. La anciana y el niño se examinaron durante un momento frunciendo el entrecejo, con una expresión de fisonomía casi idéntica, y luego desarrugaron el ceño los dos á la vez como si aquel examen les dejara satisfechos á ambos.

—Mi sobrino Juan Leniel, dijo Aurette.

Juan saludó muy correctamente y miró á su tía.

—La señora Thomasset, tía de Lucila, añadió la joven comprendiendo que no podía esquivar una presentación en regla, por extraña que fuese.

—Buenos días, señora, dijo el niño. Tiene usted una sobrina encantadora.

La vieja volvió á mirarle de pies á cabeza.

—¡Qué chiquillo más listo!, exclamó gravemente. Y muy bien educado, no hay nada que reprocharle; me gusta.

Aurette comprendió que Juan tenía en la punta de la lengua una exclamación parecida, pero con un corolario menos halagador, y lo atrajo hacia sí. El niño calló.

—Hasta la vista, dijo la señora Thomasset encaminándose hacia la puerta. He tenido mucho gusto en ver á ustedes dos.

—Tengo la honra de saludar á usted, señora, contestó Juan desde lo alto de la escalinata acompañando sus palabras con una respetuosa inclinación de cabeza.

Cuando el coche se hubo perdido de vista, el muchacho se puso á hacer piruetas con gran entusiasmo.

—¡Qué mujer más rara!, exclamó con toda espontaneidad. Y sin embargo, tía Aurette, no me parece mal en el fondo esa buena señora.

—¡Juan!, dijo Aurette en tono de reprensión.

—¡Oh, no hay Juan que valga, mi encantadora tía Aurette! En primer lugar, ha dicho que soy bien educado y por consiguiente puedo permitirme algunas incongruencias. Te digo que no me parece mal; apuesto dos sueldos á que á pesar de su aire de polichinela y de su coche estrellado, no es mala.

—¿Esto crees?, repuso Aurette preocupada. Es una mujer...

—¿Qué?, preguntó con impaciencia el niño.

—No sé cómo decirlo; no avara, sino...

—¿Tacaña?, insinuó Juan encogiendo su boca para imitar la de la vieja.

—Sí, Juan, tacaña, respondió Aurette soltando la carcajada. Pero ¿de dónde sacas esas palabras?

—Del liceo, replicó el muchacho con aire de triun-

fo. En el liceo se aprende todo. Dime, tía, ¿cuándo me comprarás una bicicleta?

—Más adelante, contestó la joven, que ya comenzaba á saberse de memoria aquel estribillo.

V

Después de la visita de la señora Thomasset, Aurette estuvo dos días en un estado de ánimo singular. El recuerdo de los modales extraños de la vieja, unas veces le daba ganas de reírse, como si no pudiera tomarla en serio, y otras le producía movimientos de cólera indignada. Tanta fortuna, tanta obstinación, tanta crueldad real, si no razonada, ¿podían compaginarse con aquella sencillez extremada, con aquel aire de franqueza que, bien mirado, hacían de la ambiciosa plebeya un personaje más extravagante que antipático?

Julia, con quien consultó Aurette en seguida, dijo que no había nada que hacer, pues todas las estrategias para aumentar la dote de Lucila serían descubiertas y rechazadas por el hermano ó por la hermana, cuya altivez casi recelosa para nadie era un secreto.

—Siendo así, dijo Aurette, ¿esa pobre Lucila está condenada á vivir y á morir solterona?

Julia miró á su hermana con asombro que tenía algo de cómico.

—¿Y eres tú quien la compadece, tú, que te has quedado para vestir imágenes?

—¡Claro que sí!, replicó Aurette con calor. Ser solterona por gusto es en extremo agradable; pero serlo por fuerza me parece una suerte muy triste. Además, ten en cuenta que aquí son dos los que padecen. ¡Y pensar que hay miserias que no pueden socorrerse ni aun con dinero y buena voluntad! ¡Y no sólo miserias morales, ya que éstas escapan á nuestra acción, sino necesidades de dinero! El mundo no está bien organizado:

—No seas pesimista, hermana, dijo afectuosamente la señora Deblay. Puede sobrevenir algún acontecimiento, qué sé yo cuál... Ya conoces el principio de tío Rozel: hay que esperar siempre que sucederá algo agradable.

A pesar de esto, Aurette regresó muy triste á su casa. La visita que Lucila le hizo al día siguiente no fué á propósito para alegrarla; la señorita Brelet supo por su amiga el paso que había dado la señora Thomasset, sin mostrarse apesadumbrada y limitándose á decir:

—¡Estaba segura de ello!

Trascurridos algunos días, el doctor Rozel fué un domingo á ver á Aurette y le participó que Lucila estaba enferma.

—Creo, dijo, que necesita variar de aires; por esto la he mandado dos ó tres días á orillas del mar con una antigua amiga mía. Esa muchacha debe tener algún pesar, y la distracción será para ella mejor que las drogas.

Aquella misma noche, cuando hubieron partido sus invitados, Aurette se sentó junto á la ventana y se entregó á largas meditaciones; gustábale reflexionar contemplando el nocturno paisaje, ora oscuro, ora iluminado por la luna, y le parecía que sus ideas se afinaban, se depuraban en aquella meditación silenciosa, fuera, por decirlo así, de las preocupaciones cercanas y visibles.

La suerte de aquella joven, á quien conocía desde hacía tan poco tiempo, inspirábale un extraño interés. Aurette no era muy aficionada á esas amistades repentinas, condenadas á extinguirse con la misma rapidez con que nacieron; y sin embargo, Lucila la había conquistado. La causa primera de ello era sin duda la incapacidad absoluta en que se hallaba la señorita Brelet para defenderse contra las penas de la vida; el alma maternal de Aurette se había interpuesto entre la inocencia y el sufrimiento; pero si reflexionaba bien sobre ello, comprendía confusamente que en aquella simpatía mezclábase otro sentimiento obscuro y mudo que no podía analizar.

—Lo positivo, díjose al fin, es que Lucila no puede continuar en la situación moral en que se halla, y dejarla en ella sería un asesinato. Es preciso que su hermano sepa la verdad; y si en lo que á él atañe es demasiado orgulloso, tal vez se convencerá de que no tiene derecho á serlo tratándose de esa pobre criatura.

Al día siguiente, á eso del mediodía, los amigos de Aurette que la hubiesen encontrado habríanse quedado muy sorprendidos al ver que, en vez de estar en su casa almorzando sola ó con alguno de los suyos, se hallaba en una callejuela apartada y solitaria, no lejos del liceo, y se detenía delante de una puerta, que conocía mucho por haber llamado á ella á menudo, cuando iba en coche á buscar á su joven amiga, pero cuyo umbral nunca había pasado. Miró

la tablilla de anuncios de las clases de la ciudad que estaba fijada en la pared, junto al llamador, y vió en ella el nombre de Villandré entre los de los profesores; luego llamó con mano firme.

La vieja criada que salió á abrir díjole al reconocerla:

—La señorita está á orillas del mar.

—Ya lo sé, respondió Aurette; pero no es á ella, sino al Sr. Villandré á quien deseo ver.

La sorpresa de la doméstica fué tan patente, que la señorita Leniel se ruborizó sin saber por qué. Pasó á la sala, y una vez allí abarcó de una ojeada el modesto y antiguo mobiliario, los sillones de tapicería, bordados en otro tiempo por la madre de Lucila, y un retrato á la acuarela descolorido que representaba á esa señora en la flor de su juventud y de sus encantos, muy parecida á su hija, pero más brillante, con ese algo indefinible que tienen las mujeres dichosas y que el artista había sabido comprender y reproducir.

Abrióse la puerta y entró Natividad Villandré con mal disimulada precipitación.

—¿Supongo, señorita, que no me trae usted una mala noticia?, dijo interrogándola con mirada ansiosa.

—No, señor, tranquilícese usted, respondió Aurette.

Entonces se hizo cargo la joven de la extrañeza del paso que daba; y de no haber sido por su gran práctica del trato social, habría perdido la serenidad. Sentóse maquinalmente y se preguntó cómo saldría de aquel aprieto; todo lo que había querido decir huía de su memoria, y se sentía confusa y turbada como niño sorprendido en falta. Mas ese embarazo fué momentáneo, pues en seguida recobró su dominio sobre sí misma.

—Caballero, me he portado mal con usted en varias cosas, mejor dicho, en una sola; las circunstancias me han hecho conocer un secreto, el secreto de Lucila, en una palabra; quizás debiera haberlo compartido con usted, pero mi amiga tenía tanto miedo de turbar el trabajo de usted, la pobre..., mas al fin he pensado que no podía ya guardarlo por más tiempo y he venido á confiárselo á usted.

—¿Con su consentimiento?, preguntó el Sr. Villandré, que se había puesto muy serio.

—Sin su consentimiento, respondió la señorita Leniel.

Encontráronse sus miradas, y Aurette leyó en la del joven profesor un asombro que parecía un reproche.

—No me juzgue usted precipitadamente, dijo la señorita Leniel con más viveza de la que quería manifestar. Espere usted á que se lo haya contado todo.

Villandré se inclinó con la mayor deferencia, pero sin tratar de defenderse.

—Lucila ama á un joven, á un oficial de coraceros, al Sr. Lenoisy... ¿Le conoce usted?

El profesor contestó con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Dicen, añadió Aurette, que es un cumplido militar.

La fisonomía de Villandré se animó repentinamente.

—¿Qué, viene usted en calidad de casamentera, señorita?, exclamó sonriéndose. ¡Quién lo hubiera creído! Lo que es á mí no se me habría ocurrido nunca pensarlo. Hasta este momento no he podido menos de abrigar cierto temor, pues me parecía que venía usted á anunciarme alguna catástrofe; por ello pido á usted perdón humildemente.

La risita nerviosa con que terminó su frase se comunicó á Aurette, la cual sintió al mismo tiempo un enternecimiento incomprensible sin saber á punto fijo si tenía ganas de reír ó de llorar; pero se repuso muy pronto, pensando en la gravedad de la misión que se había impuesto. Su perplejidad se había desvanecido y estaba ya enteramente sobre sí.

—No vengo como casamentera, respondió; quisiera que fuese así, pero hay obstáculos. Ante todo, dígame usted si le agrada la personalidad del señor Lenoisy, si aprueba usted *a priori* la elección de su hermana.

—Ciertamente que el Sr. Lenoisy es un muchacho de porvenir y un hombre de honor. Si sólo se trata de mi consentimiento, desde luego lo otorgo.

—Me satisface en extremo oír á usted expresarse así. Pero existe un impedimento muy serio..., Lucila...

De nuevo no sabía la señorita Leniel cómo explicarse, pero también esta vez dominó con un esfuerzo la dificultad.

—Un reglamento inflexible, siguió diciendo, exige que la esposa de un oficial tenga treinta mil francos de dote, y Lucila no posee esta cantidad, según me

ha dicho; por consiguiente, ese matrimonio sería imposible si no hubiese algún medio de vencer ese obstáculo, y yo he pensado...

—Perdone usted, señorita, dijo Villandrú haciendo con la mano ademán de interrumpirla. Me ha dicho usted que mi hermana le había confiado su secreto... ¿Por qué no me lo ha confiado primeramente á mí? Era natural...

—¿Lo cree usted así, caballero?, repuso Aurette con acento malicioso. A mí me parece que á una joven le es más fácil confiar sus secretos á una mujer... No tema usted, añadió con viveza, que por esto le quiera ó le respete menos. Usted es para ella lo primero..., y hasta diré, aun a riesgo de que me tache usted de exagerada, que prefiere la felicidad de usted á la suya propia... Ahora mismo podrá usted apreciarlo.

Sencillamente, dominada por una emoción que, sin embargo, sabía reprimir, refirióle la historia de las últimas semanas; el cambio que poco á poco se había operado en Lucila; la inquietud que ese cambio había despertado en ella; la confesión que de Lucila había obtenido; la resignación con que la pobre muchacha miraba su porvenir; la carta escrita á la señora Thomasset y la extraña visita que esa carta había determinado. En su relato, la señorita Leniel no omitió ni exageró nada.

Villandrú la escuchaba en silencio, con los ojos mirando al suelo, la barba apoyada en la mano y el codo en el brazo del sillón; á no ser por la expresión grave y concentrada de su semblante, hubiérase dicho que permanecía indiferente á lo que oía.

—De modo, caballero, terminó diciendo Aurette casi irritada por aquel silencio, que la situación es muy clara. Lucila no espera nada de nadie, pero se muere de pena; se lo ha ocultado á usted porque le ama más que á sí misma, y me lo ha dicho á mí porque todo ser humano necesita exhalar su dolor y porque fiaba en mi discreción. Es menester que su hermana de usted se case con el hombre á quien quiere, y por esto he venido á suplicar á usted, porque después de usted soy su mejor amiga, que me permita remediar el mal. Usted escogerá el medio que le parezca mas compatible con sus propios sentimientos, pero es necesario, caballero, *es necesario* que Lucila tenga treinta mil francos y que sea yo quien tenga el placer de haberla hecho dichosa. Para arreglar los pormenores me pongo en manos de usted.

Habiase levantado para marcharse esperando dejarlo aplastado con aquel golpe de maza y aplazando para más adelante una discusión más profunda del asunto que, según podía comprender, no se resolvería sin dificultades. Villandrú quedó inmóvil en su butaca, siempre con los ojos fijos en el suelo; Aurette temió haberle ofendido mortalmente y sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo.

—Si le he agraviado, pensó, no me lo perdonará nunca.

Y vió que, de ser así, ella sufriría cruelmente. Involuntariamente dió un paso hacia Villandrú, quien levantó la cabeza y le indicó con un ademán que volviera á sentarse. Aurette, turbada, obedeció; y entonces el joven profesor, aproximándose á ella, le dijo:

—Señorita, doy á usted las gracias por haberme revelado mi deber. Hubiera debido ocuparme más de mi hermana, notar su actitud melancólica y resignada. Escuchando á usted, he visto surgir delante de mí el recuerdo de ciertas escenas, de ciertas expresiones de fisonomía, hasta de ciertas palabras que me habrían abierto los ojos si no hubiese estado tan abstraído en mis trabajos..., los físicos somos gente distraída, ya lo sabe usted, señorita...

La sombra de sonrisa que acompañó á estas palabras produjo en Aurette el efecto de un rayo de sol en un día de nubes amenazadoras.

—¡Pobre Lucila mía!, continuó diciendo Villandrú. Yo no quería sino su felicidad; deseaba verla bonita y alegre, y alegre estaba conmigo, créalo usted.

La señorita Leniel hizo un ademán de asentimiento.

—El doctor Rozel, prosiguió el profesor, advirtiéndome una ó dos veces que estaba pálida y delicada; pero las muchachas lo están á menudo... Por lo que se refiere á Lenoisy, confieso que nada había yo observado..., hubiera debido hablarme...

—El amor le ha cogido de sorpresa, dijo dulcemente Aurette, no le censure usted. Amaba á Lucila sin saberlo, y la revelación de su amor ha sido para él mismo un golpe violento é imprevisto. Por otra

Aurette se levantó; estaba vencida. La caballerescas sencillez con que el profesor se privaba de lo suyo en favor de su hermana, no era bastante á suavizar la contrariedad que le producía el ver rechazado su ofrecimiento; estaba tan turbada que sentía ganas de llorar.

—Nada más tengo que decir, caballero, dijo encaminándose hacia la puerta.

Villandrú la seguía de cerca y alargó el brazo para abrir; puesta ya la mano en el botón, detuvo un instante á la señorita Leniel para decirle en voz baja.

—En la vida del hombre hay casi siempre algunas horas benditas, durante las cuales le es dado ver lo mejor y lo más generoso que la humanidad produce. Compadezco á los que no han conocido su goce... Yo lo he conocido hoy, señorita, y por esto, aun más quizás que por el cariño que ha mostrado usted á mi hermana, le estaré eternamente agradecido.

Abrió la puerta y saludó á Aurette; ésta inclinó la cabeza, atravesó el vestíbulo y se halló en la calle deslumbrada por la claridad del pleno día, con la cabeza hueca y como embriagada de no sabía qué licor ideal.

VI

Aquella misma tarde recibió Lucila dos telegramas: «Todo está arreglado, ven,» le decía su hermano; «Venga usted, todo está arreglado,» le decía Aurette; tan cierto es que las grandes noticias no necesitan ir engalanadas con flores retóricas.

La alegría de la pobre muchacha fué en extremo conmovedora, á pesar de ser silenciosa ó quizás por serlo precisamente.

Besó á su hermano sin decir palabra, permaneció un instante con la cabeza apretada contra su pecho, sin una lágrima, sin un gesto, con los ojos medio cerrados, oprimida por su felicidad, y luego retrocedió un paso, estrechándole las dos manos y mirándole en silencio.

El tampoco dijo nada, pero con ademán casi paternal puso su mano en aquella frente juvenil que ya había conocido los pesares, buscando y encontrando en sus ojos la mirada que con frecuencia había visto en los de su madre. Aquella fué la mejor recompensa para él.

Al día siguiente, apresuróse Lucila á visitar á la señorita Leniel aprovechando el coche que había conducido á Juan al liceo, pues la hora matinal no era inconveniente para ninguna de las dos.

La sonrisa de Aurette estuvo á punto de vencer la reserva que se había im-

puesto la señorita Brelet; ésta sintió que las lágrimas acudían á sus ojos, pero supo contenerlas y miró sin temor á su amiga.

—¡Conque ya está todo arreglado!, dijo Aurette esforzándose por hablar con su voz normal.

Lucila hizo un signo afirmativo con la cabeza, pero no se atrevió á decir nada.

—Su hermano es un hombre de bien, siguió diciendo Aurette; es bueno que tales hombres existan y es una dicha poder encontrarlos.

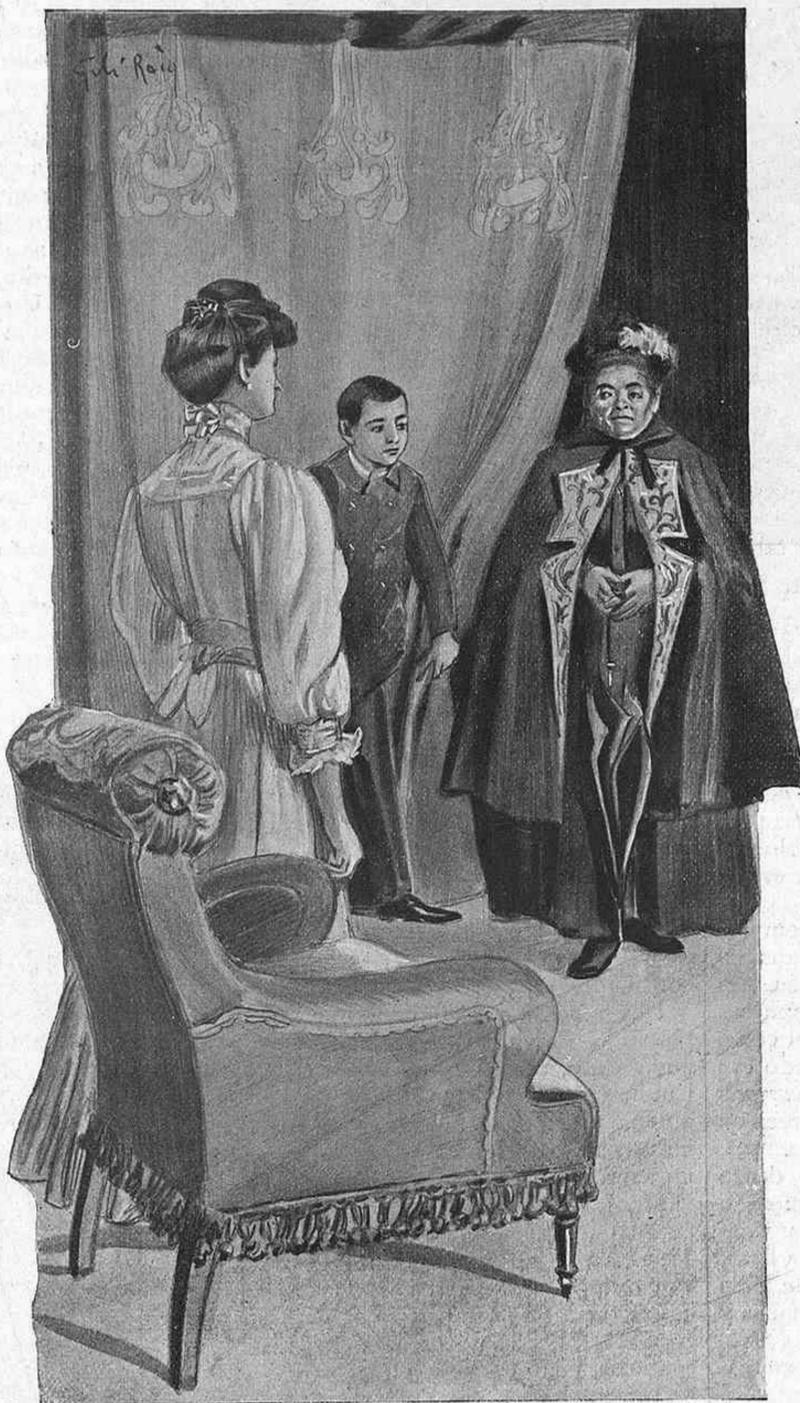
—¡Oh, gracias!, exclamó Lucila conteniendo la respiración.

—No me dé usted las gracias, repuso Aurette con voz ya firme, porque nada he hecho. ¡No quieren aceptar nada mío! ¡Vaya unas gentes orgullosas!

Y se echó á reír, viendo lo cual Lucila se atrevió á besarla, casi segura de que podría guardar una actitud correcta.

Aurette, sin embargo, sólo á medias estaba satisfecha; de su gestión quedábale cierto disgusto por no haber conseguido que fuese aceptado lo que con tan buena voluntad ofrecía, y sentíase un tanto descontenta, no sabía si de sí misma ó de los demás. Con ese sentimiento extraño mezclábase otro no menos singular: no tenía el menor deseo de explicar á su familia el modo cómo la dificultad se había resuelto; así es que contra su costumbre dejó pasar varios días sin visitar á Julia, por miedo de tener que contarle el paso que había dado.

(Se continuará.)



... hizo entrar á la visitante en el salón...

parte, la desdichada cuestión de la dote le impedía hablar.

—¿Hablarme á mí, señorita?

«A usted, sí, y sólo á usted,» estuvo á punto de decir Aurette; pero ahogó aquellas palabras imprudentes y buscó otras que no encontró, por lo que volvió á su tema.

—El asunto está ya resuelto, dijo, ¿no es verdad, Sr. Villandrú? Nadie tiene interés, así á lo menos lo creo, en impedirme que ofrezca á mi querida amiga, en vez de un regalo de boda inútil, la misma felicidad...

—En efecto, el asunto está resuelto, señorita. Agradezco sinceramente la amistad que demuestra usted á mi hermana, pero no podrá usted hacer más que ofrecerle un recuerdo..., no inútil, como usted dice, pues estoy seguro de que su afecto sabrá guiarla en la elección de alguna fruslería destinada á recordar siempre á Lucila una amiga tan buena, tan perfecta... Mi hermana tiene treinta mil francos de dote; mas no por eso quedará menos eternamente reconocido á lo que usted ha querido hacer.

—Pero, caballero..., exclamó Aurette desorientada, casi humillada á pesar de la extremada cortesía de Villandrú.

—Los tiene, puesto que los tenemos, repitió el profesor, que permanecía de pie delante de la señorita Leniel. Es para mí una gran alegría saber con oportunidad que la felicidad de Lucila es tan fácilmente realizable.

LOS CRIADEROS ARTIFICIALES DE RANAS

Es creencia general la de que han sido los franceses los primeros que vencieron la prevención que inspiraban las ranas, consideradas como artículo ali-

Como la persecución, sin restricciones, amenazaba concluir con las ranas, á pesar de su notable fecundidad, en todas aquellas localidades en que hallaban mercado y había medios de embarcarlas, varias personas precursoras, en distintos lugares de la nación, principiaron á hacer ensayos y tentativas para su propagación artificial.

Mr. Ricardo Stegg, del condado de West Berkeley, en California, ha sido de los primeros y de los más afortunados que han emprendido ese negocio. Su criadero de ranas es el más antiguo, pero no el único que existe en dicho Estado, y la manera como lo explota no carece de interés.

Tiene cuatro grandes estanques con buenos muros de mampostería y des-

aquéllos, además de divertirse, sacan una buena ganancia.

En la cuenca del río San Francisco, en Misurí y Arkansas, donde se hace un negocio importante, cogen las ranas con chuzos, con cuerdas al extremo de grandes cañas y con armas de fuego.

Al principio de la época á propósito, cuando las ranas se refugian en el fango durante las noches frías y sólo se dejan ver en los días claros y calurosos, las cogen con anzuelos ó las matan con escopetas y carabinas.

Más adelante se pescan generalmente por la noche con chuzos que tienen de una á tres púas parecidas á puntas de flecha. Por lo regular, van dos hombres en cada bote; uno rema, el otro está de pie en la proa con su chuzo y un gran reflector hecho á propósito.

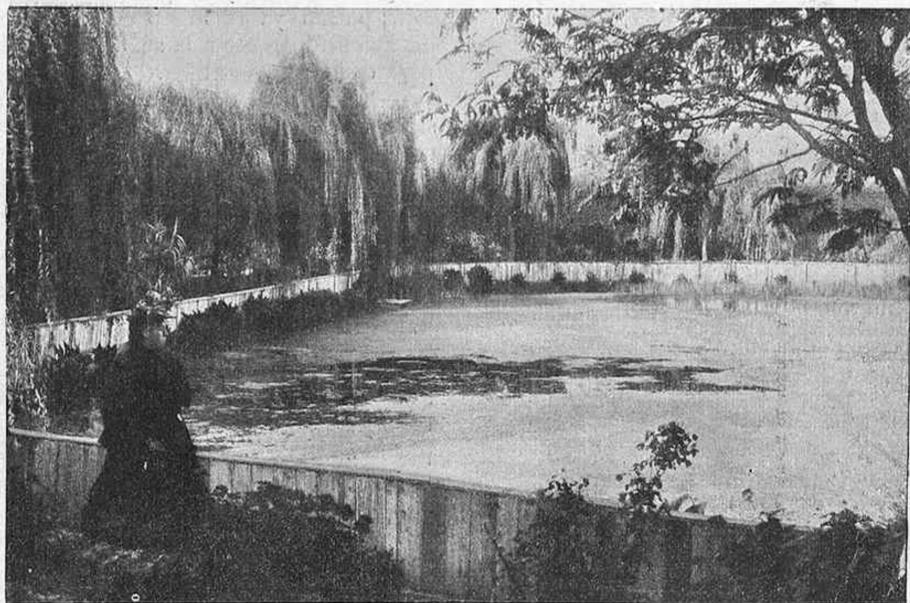
Un par de ranas bien desarrolladas pesan cerca de media libra.

Se supone generalmente que el consumo de ranas es mucho mayor en Francia que en ningún otro país, pero no es cierto.

El americano comió de la rana y vió que era buena, y desde entonces ha continuado comiéndola en tal cantidad, que está oficialmente probado que consume diez veces más ranas que las que se comen en Francia.

En opinión de personas que deben saberlo, el importe anual de las ranas que se consumen en América no baja de ciento cincuenta mil dólares.

LAURA B. STARR.



Uno de los estanques del criadero de ranas de Mr. Stegg en West Berkeley (California)

menticio. Sin embargo, los romanos se les habían adelantado. En un pasaje confuso de Lucano se da á entender que los *gourmets* de su época apreciaban tanto un *fricassée* de ranas como pueda hacerlo un francés de hoy día.

Durante mucho tiempo fué Francia la única nación que hizo uso de la carne delicada de la rana; pero luego se extendió á Alemania y á otros pueblos de Europa, y de allí á los Estados Unidos, donde es hoy un plato favorito.

La prevención que antes existía contra el empleo de la rana como artículo de comer, se fundaba tal vez en su poco agradable aspecto, y la afirmaba más el uso que de ellas hacían las brujas y los empíricos para componer hechizos y filtros amorosos, así como para la curación de varias enfermedades. Todo eso ha desaparecido ya por completo, y pocos *gourmets* habrá en ningún país del mundo que no saboreen un plato delicado como el de ancas de rana fritas.

En Inglaterra se comen de muy antiguo, desde 1650, puesto que Tomás Muffett dice de ellas: «Son verdaderamente buenas con aceite, sal, agua y vinagre, y se comen con una salsa hecha de hierbas finas, cebollas y ascalonias; no es mal alimento para los jóvenes biliosos, pero para las personas ancianas y flemáticas son muy nocivas.»

El negocio de coger ranas para llevarlas al mercado se hacía antes de un modo irregular, empleándose en él los muchachos que necesitaban dinero para sus menudos gastos; pero desde hace pocos años la demanda ha sido tanta, que hoy se lleva á cabo siste-

aguaderos para evitar el que se desborden. Se procuró algunos de los mejores ejemplares de las ranas del Colorado y la Florida, y las soltó en dichos estanques para que se cruzaran con las de California.

Viven allí como en su estado natural, buscándose por sí el alimento, sin más diferencia que hallarse reducidas á los límites de los estanques. Cuando es necesario cogerlas se la pesca sin dificultad por medio de redes, ó con una especie de grandes cucharones, ó bien se dejan los estanques en seco y se las coge con la mano.

Dos mujeres, en California, han estado explotando, durante varios años y con muy buen éxito, un criadero de ranas; pero se han negado completamente á dar ninguna noticia respecto al funcionamiento de una industria que no suele verse en manos de mujeres.

Mr. J. F. Sauve hace unos veinte años que posee otro criadero en la cuenca del río Trent, en Ontario, y todos los años recoge una cosecha relativamente grande. Cuando quiere remitir alguna partida al mercado, las coge vivas, por la noche, con antorchas encendidas, y las encierra en pequeños compartimientos en forma de jaula, que con facilidad se ponen en seco.

En las diferentes localidades donde se persigue á las ranas en su estado natural, se las coge de varias maneras; lo más común es cogerlas con cuerdas, que llevan por cebo unos pedazos de franela roja; también se emplean para ello gusanos é insectos. Las ranas son muy voraces y parecen estar siempre dispuestas á dar cuenta de cuanto hallan á su alcance; devoran pececillos pequeños, toda clase de reptiles y hasta culebras; esa voracidad explica el por qué se las engaña con trapos de lana roja.

Durante la época en que se las pesca se ven grandes cuadrillas de muchachos recorriendo los pantanos del Estado de Jersey, armados de cuerdas y cebos de franela roja en busca de los apetitosos baxtracios. Otros llevan escopetas y pistolas de pequeño calibre, y á falta de otra cosa, hay quien las atonta tirándoles piedras.

En el Canadá emplean con más frecuencia chuzos y ballestas.

Es cosa muy divertida el ir de noche á caza de ranas con faroles; la luz las ciega ó deslumbra y los cazadores tienen muy poco ó ningún trabajo en coger grandes cantidades. Muchos de los negrillos callejeros de Nueva Jersey sa-

len periódicamente en bandadas á buscar ranas á los pantanos. Al principio era aquella una diversión para los muchachos y la muerte para las ranas; hoy sigue siendo la muerte para estas últimas, pero



El pescando ranas con red



Pescando ranas á estacazos

máticamente en quince Estados de la Unión americana, y según la última memoria del Inspector de las pesquerías, constituye una industria de gran importancia económica.

EMPLEO DEL GRAFITO COMO LUBRIFICANTE

M. Acheson, el inventor del carborundum, ha llevado á cabo un nuevo é interesante descubrimiento destinado á reportar verdaderas ventajas é indiscutible utilidad. El inventor ha procurado preparar el grafito en polvo de una finura tal, que es casi imposible obtenerlo con el auxilio de los medios mecánicos conocidos, logrando que dicho polvo pase á través del filtro más perfecto. Para alcanzar este resultado coloca el grafito en suspensión en el agua y lo somete en seguida á la acción del ácido galotánico y de una pequeña cantidad de amoníaco, quedando el grafito en perenne suspensión en vez de posarse en el fondo del vaso. El líquido ennegrecido por este procedimiento se convierte en un admirable lubricante y hasta en eficaz preservativo del orín.

Hay que advertir que si bien desde hace mucho tiempo empleábase el grafito mezclado con aceite ó grasa como lubricante, su empleo resultaba harto deficiente sin la ventaja inapreciable que ofrece el invento de M. Acheson de la asociación del agua, que aporta una ligera viscosidad y un gran calor específico.

MEZCLAS EXPLOSIVAS DE ÉTER Y AIRE

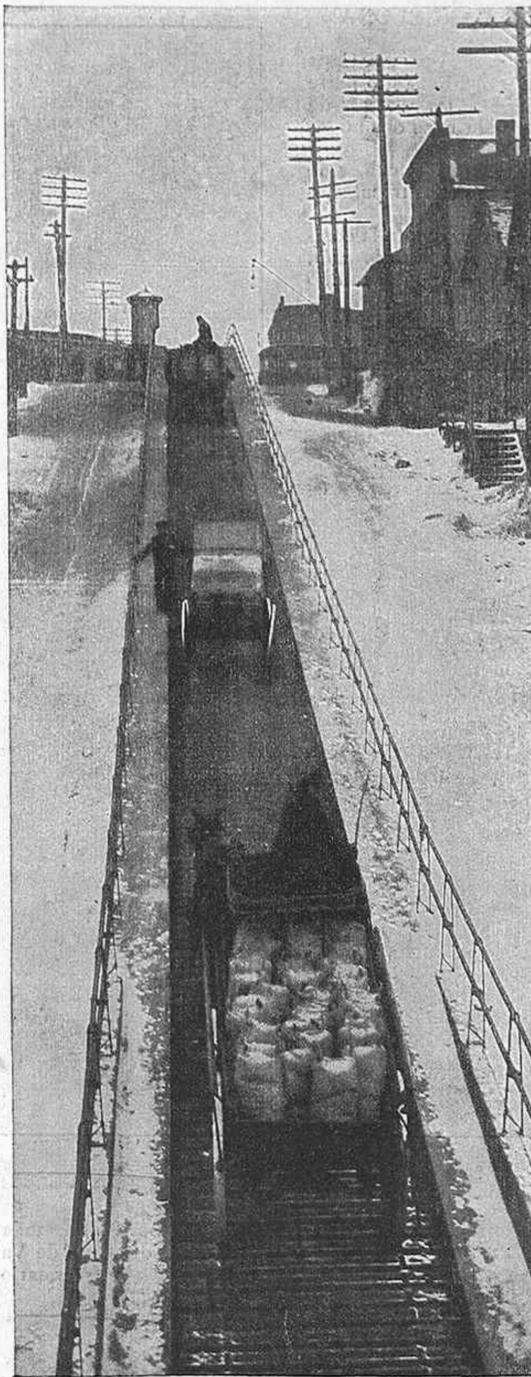
Con motivo de la reciente catástrofe del acorazado *Jena*, de la marina francesa, M. Meunier ha practicado numerosos estudios y consiguientes ensayos acerca de la inflamabilidad de las mezclas de éter y aire, obteniendo interesantísimos resultados, dignos ciertamente de ser conocidos. Las citadas mezclas tienen límites de inflamabilidad, ó sea que la combustión no puede producirse hasta tanto que las mezclas alcancen determinadas proporciones, al igual de lo que acontece con las mezclas de aire y gas grisú. Al aproximarse al límite de dichas proporciones se produce la combustión sin llegar á la explosión, pero al rebasar dicho límite en cualquier sentido, si bien no es posible la combustión, en cambio, cuando la proporción para que dicha combustión se produzca totalmente sin el exceso de aire, se determina una violenta explosión. M. Meunier advierte que no son ciertamente las grandes proporciones de éter las más débiles, llamando la atención acerca del hecho de que siendo los vapores de éter dos veces y media más pesados que el aire se acumulan cerca del pavimento.

Así, pues, si se analiza el aire de un local sospechoso, es preciso practicar varios ensayos en diversos planos, evitando producir una brusca ventilación si se quiere evitar una explosión violenta é inmediata.

UN CAMINO GIRATORIO

Es probable que muchos de mis lectores estén ya familiarizados con la escalera eléctrica, que hace innecesario todo esfuerzo corporal para subir cierto número de escalones ó un pequeño plano inclinado; pero quizás sean pocos los que se imaginen que la teoría en que ese invento se funda pueda aplicarse con buen éxito á un camino á fin de que lleve caballos y pesados carros todo junto y de una vez. Sin embargo, se ha construido una vía eléctrica semejante en muchas cosas á la citada escalera, que ha tenido extraordinaria aceptación y resultado ser una gran comodidad para cuantos han necesitado usarla.

La ciudad de Cleveland, en el Estado de Ohio, ha sido, según nuestras noticias, la que hasta ahora se ha llevado en esto la primacía. En gran necesidad se hallaba de algo por ese estilo, pues su topografía es muy accidentada y ha presentado hasta ahora grandes dificultades. El camino eléctrico de que se trata sube por una cuesta de gran pendiente llamada la



Tres carros subiendo á la vez por el camino eléctrico

calle de la Factoría, que, como indica su nombre, conduce á uno de los principales centros mercantiles de la población. La existencia en aquel barrio de esa y de otras varias calles análogas bastante agrias, ha sido siempre un gran inconveniente, no sólo para la seguridad y comodidad de los caballos, sino también para la prontitud y economía del transporte. Los cargadores y comerciantes tenían, ó que enviar sus carros por un camino largo, dando un gran rodeo para evitar esas cuestas, ó que hacerlos subir por alguna de ellas.

El camino eléctrico ó giratorio elimina muchas de las dificultades del tránsito. Al presente los caballos, en lugar de tener que habérselas con una pérdida de una inclinación aproximada á 1 por 6, son llevados sobre una faja continua que los conduce desde la base á la cúspide sin que tengan que hacer el menor esfuerzo por su parte.

La estructura del camino giratorio es verdaderamente muy sencilla, y como puede verse en el grabado, no monopoliza toda la anchura de la calle. El basamento consiste en una excavación revestida de cemento que corre por toda la longitud de la eminencia. Tiene 8 pies ó más de anchura y de 3 á 4 de profundidad. Colocados sobre la excavación, á intervalos frecuentes, hay cierto número de fuertes soportes de acero, sobre los que la faja continua va sostenida mientras ejecuta su revolución.

En cuanto un vehículo llega al pie de la vía, entra en una especie de plataforma hecha *ad hoc*, donde quedan las ruedas completamente sujetas de manera que no puedan resbalar hacia atrás y escurrirse en la subida. El caballo no se mueve para nada. La faja se pone en movimiento por electricidad, manejada desde una caseta situada en la cúspide. Al llegar á ésta, el camino continúa unas cuantas varas por una superficie completamente plana y termina en otra especie de plataforma semejante á la que hay al pie. Al llegar allí se sueltan las ruedas y el vehículo sigue su camino. Éste recorre 420 pies de longitud y 65 de altura.

El tiempo que se invierte en ascender varía según las condiciones del tráfico. En circunstancias ordinarias se tarda de tres á cuatro minutos; pero cuando el movimiento es poco y los peatones están en mayoría, sólo se necesitan dos minutos. Muchos caballos se muestran muy recelosos en su primer viaje; pero con unos cuantos terrones de azúcar y un poco de halago queda vencida esa dificultad.

W. A. MOUNTSTEPHEN.

Historia general del Arte
 Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalistería, Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

INFLUENZA RACHITIS
 ANEMIA CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO Y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

PECHO IDEAL

Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las *Píldoras Orientales*, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATTÉ, farmacéutico, 5, Passage Verdeau, PARIS. Un frasco se remite por correo, enviando 7'50 pesetas en libranzas ó sellos á Cebrián y C.ª, Puertaaferrisa, 18, Barcelona. De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2. En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.

EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C.ª, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE Sé receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE**. DUSSEY, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

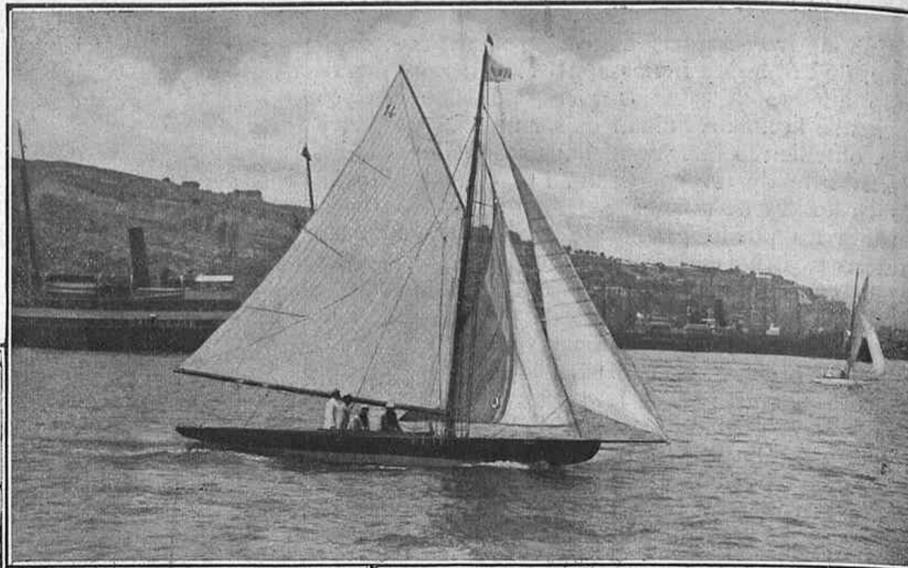
REGATAS ORGANIZADAS POR EL REAL CLUB DE BARCELONA

Comenzaron esas regatas el día 2 de los corrientes por la primera prueba para la Copa Sonderklass, de balandros en serie, cuyo tonelaje oscilaba entre 0'2 y 0'5, tomando parte en ella ocho embarcaciones que recorrieron siete millas en un triángulo; los vértices de éste estaban marcados por tres boyas, una de las cuales estaba internada unas dos millas mar adentro.

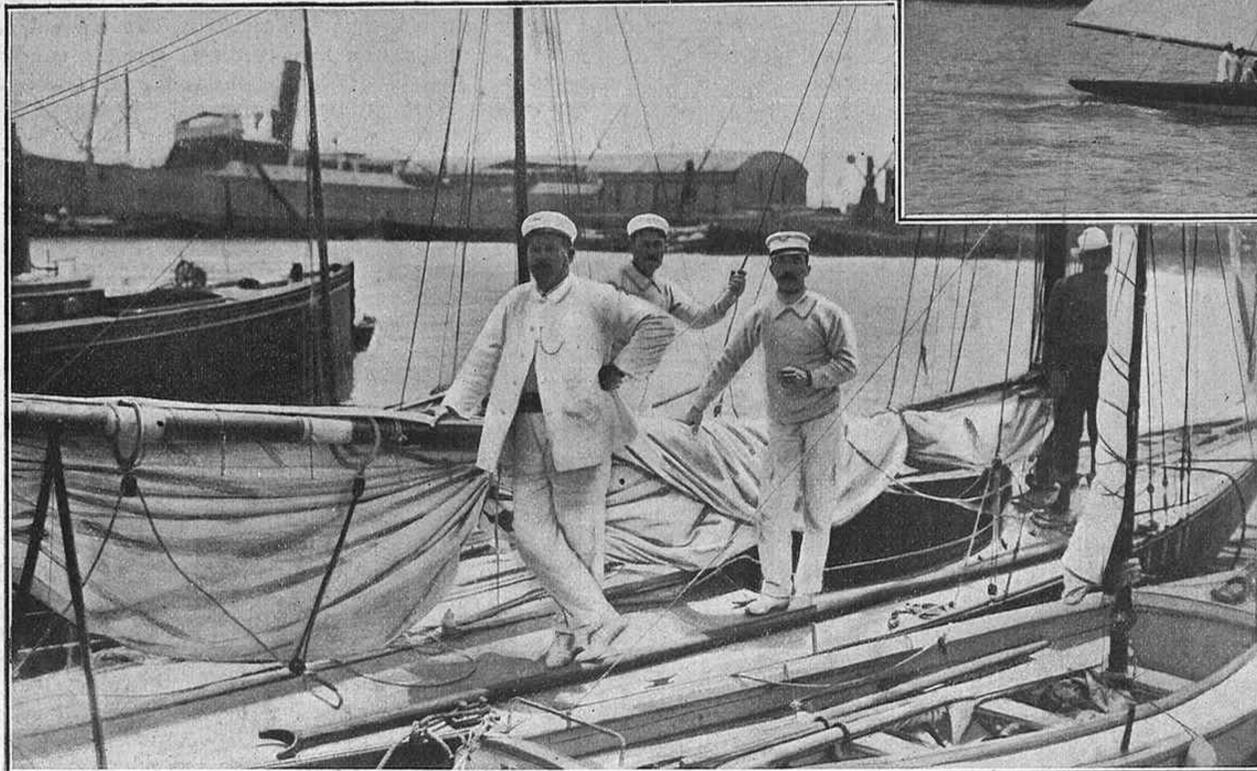
Un remolcador fletado por el Real Club seguía á los balandros, tanto para cuidar de que se cumpliera el reglamento como para prestar los auxilios necesarios á las tripulaciones en caso de un accidente desgraciado.

En esa primera prueba quedaron calificados los balandros, teniendo en cuenta la compensación, por el orden siguiente: *Turia*, *Good Luck*, *Enigma*, *Cherna*, *Julita*, *Cristineta*, *Julio* y *Pitorra*. El *Machicha* no pudo terminar la regata por haberse apartado del rumbo señalado.

En la segunda prueba, efectuada al día siguiente, tomaron parte nueve embarcaciones.



El *Turia*, ganador de la Copa del Rey
(De fotografías de A. Merletti.)



BARCELONA. — REGATAS ORGANIZADAS POR EL REAL CLUB. — Los tripulantes del *Turia* que ganaron la Copa del Rey

dos de las cuales, después de la primera vuelta, se retiraron por haberse interpuesto en su marcha un vapor, quedando clasificadas por este orden: *Good Luck*, *Turia*, *Machicha*, *Enigma*, *Cherna*, *Julita* y *Cristineta*.

tituido por el Sr. comandante de Marina, en representación del Rey; el almirante Mata, el presidente del Club de Valencia Sr. Puchol; el jefe del Apostadero D. Jaime Moysi, y don J. Elías Juncosa, secretario. — X.

Habiendo resultado empate entre el *Good Luck* y el *Turia*, repitióse la prueba el día cuatro simultáneamente con la regata nacional á la vela para obtener la Copa del Rey. Efectuóse ésta en tres series: la primera de embarcaciones hasta una tonelada; la segunda, de una á dos y media; y la tercera, de dos y media á cinco. De la tercera serie corrieron *Irish*, *Natalia*, *Ilse*, *Rama*, *Ashia* y *Washty*; de la segunda *Good Luck*, *Machicha* y *Turia*, y de la primera *Julita*, *Julio*, *Cristineta* y *Araceli*. Resultó vencedor de esta regata y ganador, por consiguiente, de la Copa del Rey el *Turia*; este balandro, propiedad de Vicente Puchol, presidente del Club de Valencia, y de D. Antonio Lázaro, iba patronado por D. Rafael Cano y tripulado por don Pedro Tonda y D. Salvador Selma. Hizo el recorrido en una hora, treinta y dos minutos y treinta y un segundos.

De la tercera serie obtuvo el segundo lugar el *Ashia*, del Sr. Amat; y de la primera alcanzaron los dos primeros puestos el *Julita* y el *Julio*.

Las regatas han sido presenciadas por numerosa y distinguida concurrencia. El jurado estaba cons-

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

al IODURO de **HIERRO**
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito. BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á
LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS
JORET y HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa GANDÈS

HARINA
LACTEADA **NESTLÉ**

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

Dentición
JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, París,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN